8231 16.

EL PARAÍSO EN MADRID,

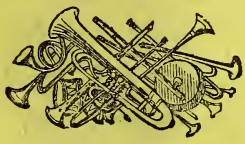
GACETILLA LÍRICA EN TRES ACTOS Y EN VERSO.

letra de

D. LUIS RIVERA.

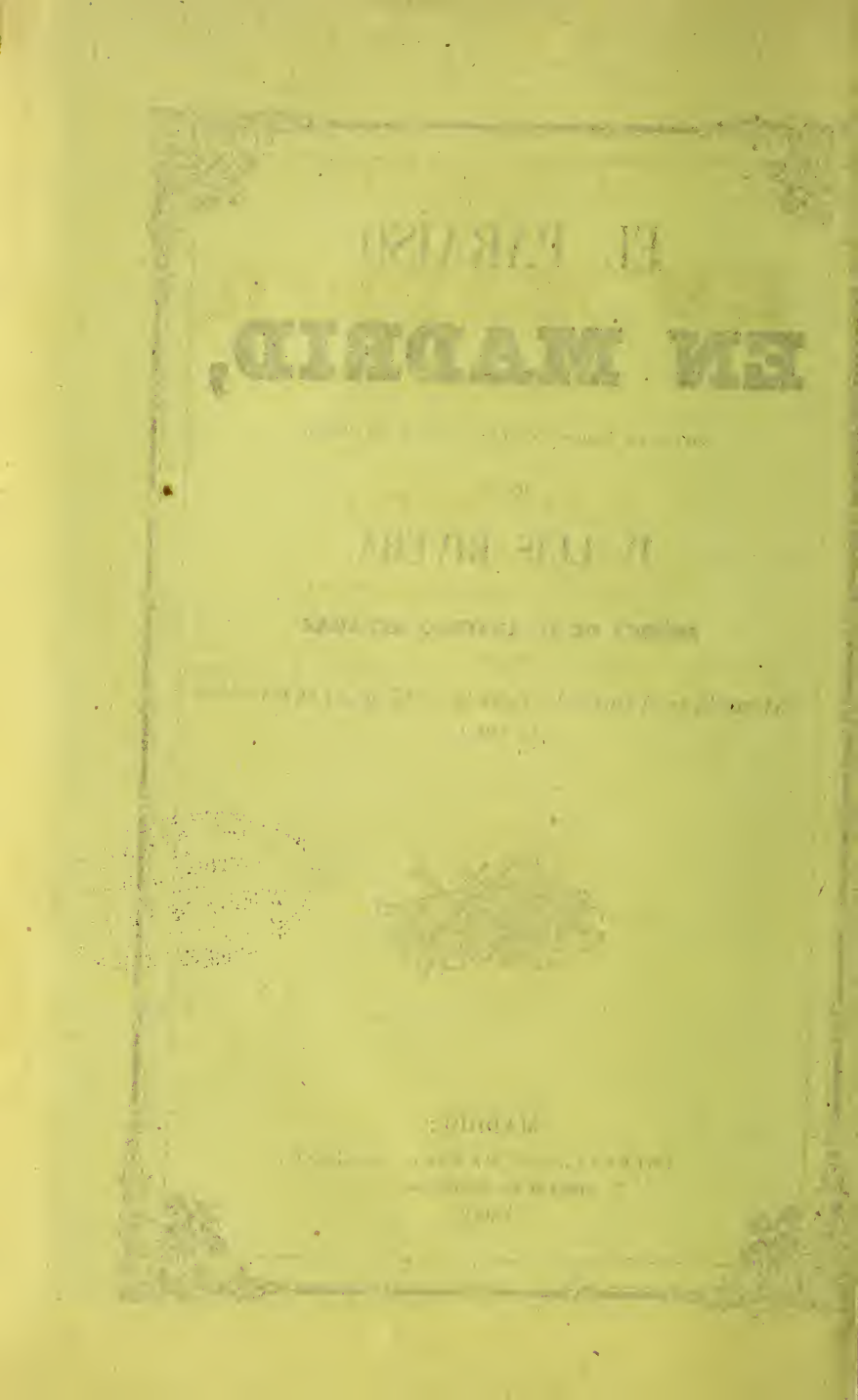
MÚSICA DE D. ANTONIO REPARAZ.

Estrenada en el teatro del Circo la noche del 21 de Diciembre de 1860.



MADRID:
IMPRENTA DE MANUEL GALIANO,
plaza de los Ministerios, 3.
1860.

5



EL PARAÍSO

EN MADRID,

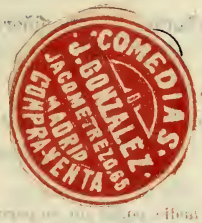
GACETILLA LÍRICA EN TRES ACTOS Y EN VERSO.

letra de

D. LUIS RIVERA.

MÚSICA DE D. ANTONIO REPARAZ.

Estrenada en el teatro del Circo la noche del 21 de Diciembre de 1860.



MADRID:

IMPRENTA DE MANUEL GALIANO,

plaza de los Ministerios, 3.

1860.

PERSONAJES.	ACTORES.
ADELAIDA, *actriz*.	SRA. SANTAMARÍA.
TERESA, *florera*.	SRA. MONTAÑÉS.
ISABEL, *modista*.	SRA. CÁRDENAS.
UNA SEÑORITA.	STA. BRIEBA.
ANIBAL ANDANTE.. . . .	SR. CRECY.
DON LEON LOBO.	SR. BECERRA.
CÁNDIDO ALEGRE. . . .	SR. FERNANDEZ.
ANTONIO, *ebanista*. . .	SR. FONT.
EL BARON DE LA ESPUELA.	SR. DI-FRANCO.
UN AGUADOR.	SR. SANTA COLOMA. (1)
UN ACTOR.	SR. SORIANO.
UN CIEGO.	SR. SANGUESA.
EL MOZO DE LAS SILLAS.	SR. MONTAÑÉS. (D. F.)
UN MOZO DE CAFÉ. . . .	SR. CRUZ.
UN VENDEDOR DE *La Correspondencia*.	SR. REPARAZ. (D. E.)
EL AUTOR DE UN TEATRO.	SR. VIDAL.
UN BAILARIN.	SR. TENORIO.
EL TRASPUNTE.	SR. BERZOSA.

Coro de caballeros, señoras, ciegos, niñeras, paseantes, etc.
Acompañamiento.

La propiedad de esta zarzuela, la de las obras dramáticas.

Presente, mi general. *El honor y el trabajo.*
El padre de familia. *Las aves de paso.*

pertenece á D. Luis Rivera, y nadie podrá sin su permiso reimprimirlas ni representarlas en los teatros de España y sus posesiones de Ultramar.

El autor se reserva asimismo el derecho de traduccion, de impresion y de representacion en el extranjero, segun los tratados vigentes.

Los corresponsales de *D. Francisco Rubio*, dueño de la Administracion general de obras dramáticas y líricas, son los encargados exclusivos de su venta y del cobro de sus derechos de representacion en dichos puntos.

(1) Por obsequio particular al autor, se ha encargado de este papel el señor Santa Coloma.

ACTO PRIMERO.

Decoracion del paseo del Prado de Madrid. En el fondo la fuente de Apolo. A la izquierda la casa del guarda. A uno y otro lado árboles y sillas.

ESCENA PRIMERA.

INTRODUCCION.—MÚSICA.

CORO GENERAL.

¡Ay qué algazara, qué confusion!
Bajad al Prado, niñas, por Dios.
¡Ay cuánta gente llena el salon!
¡Cuánta alegría, qué animacion!

CORO DE NIÑERAS.

Niño, no seas malo,
niño, duermete,
porque viene el bú
y te va á coger.
¡Run, run!

Una vieja se murió,
y dejó en su testamento,
que á los chiquillos que lloren
los lleven al cementerio.

674530

Niño no seas malo,
que es la vieja el bú;
porque no te lleve
duérmete, ¡run, run!

CORO DE CABALLEROS.

Cuánta niñera
se junta aquí:
una me falta
que me arrulle á mí.

CORO DE NIÑERAS.

¡Ay! caballeros,
es un decir,
el que nos quiera
no nos hable así.

A UN TIEMPO.

CABALLEROS.

Tú que al niño cuidas bien,
yo soy niño en el amar;
por las niñas de tus ojos
un abrazo te he de dar.
¡Ay, niña mia,
cuánto dolor!
es mirar tu linda cara
y dejarte en el salon.

NIÑERAS.

Aunque al niño cuido bien,
soy muy niña en el amar;
no se acerque, porque el niño
se nos puede despertar.
¡Ay, caballeros,
basta de amor!
que otra noche nos veremos
si Dios quiere en el salon.

ESCENA II.

HABLADO.

ANÍBAL.

No está. La cita es aquí...
El prado, junto al pilon
de la fuente donde Apolo
todos los dias ve el sol.
—Apolo, el pilon, la fuente,

las sillas, el Prado, yo,
todos estamos, escepto
la señora de mi amor,
la florera más hermosa
que jamás flores vendió.
—¿Será aquella? (Dirigiéndose á la derecha.)
¡Hermosa niña!
¡Es una vieja... qué horror!
¿Y está? (Dirigiéndose á la izquierda.) ¿Teresa? Tampoco.
¡Es una jamona atroz!
Y la mia es una sílfide,
desgraciada como yo;
porque yo soy desgraciado,
siendo un hombre superior,
que espera hacer en el arte
toda una revolucion.
Soy músico, mejor dicho,
maestro compositor,
y he compuesto una zarzuela
con más *chisch* que el *Postillon*...
El libro es de un principiante
que escribe con un primor,
y hace cada redondilla
que ni Hartzembusch ni Breton!
Mañana mismo le pido
un préstamo al editor,
y convido á la florera
á la fonda de la Union.
Y si pudiera esta noche...
pero qué ambicioso soy...
Sólo tengo una peseta
escasa, y ya sueño con...
Tambien ella es ambiciosa.
Con el teatro soñó,
y para que yo la ajuste
anhela mi proteccion.
Yo la quiero; pero ignora
hasta el idioma español,

y si la dan una silba...
¿Qué hora será? Mi reló
es de escape, y por lo tanto,
cuando yo en Madrid estoy,
él se va al monte. No importa,
preguntaré.

ESCENA III.

ANÍBAL. D. LEON.

ANÍBAL. Este señor
podrá decir... Caballero,
¿tiene usted hora?
D. LEON. ¿Quién, yo?
¿Por qué lo pregunta usted?
ANÍBAL. Si me hace usted el favor...
D. LEON. Las once y cinco. (Mirando su reló.)
ANÍBAL. Mil gracias.
D. LEON. Voy con la Puerta del Sol.
ANÍBAL. Va usted bien acompañado.
D. LEON. Agur.
ANÍBAL. ¿Se va usted?
D. LEON. ¡Pues no!
ANÍBAL. Yo me quedo en este sitio,
tengo una cita de amor...
Si usted no tuviera prisa,
en grata conversacion
pasariamos el tiempo.
D. LEON. ¿Por quién me toma usted?
ANÍBAL. Por...
D. LEON. Soy catalan, comerciante,
tengo por nombre Leon
y por apellido Lobo.
ANÍBAL. Leon Lobo?... Servidor;
pues es un nombre que brama
el nombre de usted. ¡Qué atroz!
D. LEON. Voy derecho á mi negocio,
y no tengo la intencion

de perder el tiempo nunca,
sino de ganarlo.

ANÍBAL. Estoy
en eso. El buen catalan
ha de ser trabajador,
y... (Adulémosle; este hombre
debe ser rico, y si yo...)
Como usted y yo venimos
solos... Creo lo mejor,
por no aburrirnos...

D. LEON. Yo vengo
á aburrirme...

ANÍBAL. ¡Don Leon!

D. LEON. Porque ha de saber usted,
más no lo sepa usted, no.

ANÍBAL. Cuente usted con mis servicios,
mi apoyo y mi discrecion.

D. LEON. Tengo un dato en mi poder
de un infame seductor
á quien busco, y si le encuentro
le mato sin compasion.

ANÍBAL. (Está celosa la fiera.)

D. LEON. Yo soy un hombre de honor,
tengo almacen en Madrid,
y fábrica en Mataró,
y por la buena me llevan
á beber en un pilon.

ANÍBAL. Pues en ese hay agua.

D. LEON. ¿Estamos?

ANÍBAL. Lo que es por mi parte estoy.

D. LEON. Y aún así vivo sin sombra;
que un pensamiento feroz,
se me metió en la cabeza
hace tiempo, señor don...
¿Cuál es su gracia?

ANÍBAL. Si es gracia
lo que á mí me ha dado Dios,
me llamo Aníbal Andante,

músico de profesion,
que aunque vive oscurecido
muy pronto se dará al sol.

D. LEON. ¿Aníbal? Me gusta mucho;
hace un mes se me murió
un caballo de ese nombre...

ANÍBAL. ¡Vaya una comparacion!
En fin, si á usted le parece
nos sentarémos los dos.

D. LEON. Me es igual.

ANÍBAL. Y fumarémos,
pero, calle usted, señor, (registrándose los bolsillos.)
se me ha olvidado comprar...

D. LEON. Yo no fumo.

ANÍBAL. (Me clavó.)

(El mozo de las sillas se para delante de Aníbal.)

Ah! las sillas ¿qué se debe?

MOZO. Ocho cuartos por los dos.

ANÍBAL. ¿Ocho cuartos?

D. LEON. Yo no tengo
suelto.

ANÍBAL. Bien, pagaré yo.
(Pues la primada me sale
cara.)

AGUADOR. ¡Agua! ¡Al aguador!
Senorito, está más fresca
que un carambáno, y mejó
no la beben los menistros.

D. LEON. ¿Gusta usted?

ANÍBAL. (Ya se corrió.)

AGUADOR. ¿Jechú?

ANÍBAL. Sí; ¿trae usted merengues?

AGUADOR. Más tiernos que el requeson,

ANÍBAL. Vengan. (Los come) ¡Ajá! (Ya que él paga.)

D. LEON. ¡Qué veo! Aquel bulto... ¡Oh!
se parece á mi mujer...
y da el brazo á un cazador...
la seguiré, y si la cojo

en infraganti traicion
esta noche al Saladero
entre dos cívicos voy. (Váse precipitadamente.)

ESCENA IV.

ANÍBAL. EL AGUADOR.

ANÍBAL. ¡Don Leon! Echale un galgo...
Me la pegó don Leon.
¿Y para esto se convida
á un ciudadano español?
AGUADOR. ¿Quiere usted más?
ANÍBAL. ¡Un demonio!
¿Cuánto debo?
AGUADOR. Creu que son
dus riales.
ANÍBAL. (Dándoselos.) Toma.
Me quedan
dos cuartos. ¡Suerte feroz!
¿Con qué convido á Teresa?
VENDED. *La Correspondencia* de hoy
con la muerte de...
ANÍBAL. ¡Chis! Chico!
Quiero saber quién murió.
(Compra un ejemplar de la Correspondencia.)
Estoy tan desesperado
que me doy un atracon
de *Correspondencia*, á ver
si reviento, ya que no...
Le leeré la gacetilla
á Teresa; es lo mejor.
Ya que no puedo obsequiarla,
atraparé la ocasion
de echarla cuatro piripos...,
que es bueno entre col y col... (Váse por la izquierda.)

ESCENA V.

AGUADOR.

AGUADOR. ¡Agua! Non se vende mucho,
que ya va aflojandu el calor;
y eso que aquí los amantes
se dan cada sofocon...

MÚSICA.

Dentru de aqueste instrumentu
llevu agua y azucarillos,
y á los pollus y á las pollas
les remojo los sentidos.
¡Agua, el aguador!
de la fuente del Perru
la traigo yo.
Mire, doña Tecla,
oiga don Simon
agua más fresquita
naide la bebió.
Cuando yo tenga diñeiro
á Jalicia marcharé,
y con una jallegiña
la muneira bailaré.
¡Tra, la, ram!
Ay marusa de mi vida,
pur tí vengu en cuatro piés. (Vase.)

ESCENA VI.

EL BARON DE LA ESPUELA. ISABEL.

HABLADO.

BARON. Isabel, yo siento mucho
que esté tan léjos su casa;
pero sabe usted que puede
tener en mí confianza.
Yo acompañaré á usted...

ISABEL. Pero
¿Y mi amiga?
BARON. ¿Quién, Tomasa?
La hemos perdido al salir
del Circo de Price.
ISABEL. Me estraña...
BARON. La confusion... tanta gente...
ISABEL. Esperemos por si pasa...
BARON. (Sí, espera, que no vendrá
si me cumple su palabra.)
ISABEL. ¿Usted sin duda es amigo
de Tomasa?
BARON. Cosa clara.
Y espero que la encontremos,
antes de llegar á casa.
ISABEL. ¡Vivo tan léjos!
BARON. No importa.
Tomarémos sin tardanza
un coche...
ISABEL. Nó, yo iré á pié.
BARON. Yo empeño á usted mi palabra
de caballero... Conmigo
irá usted segura... ¡Vaya!
Soy el baron de la Espuela
y no cometo una infamia
por...
ISABEL. ¿Mas si aciertan á verme
con usted?
BARON. No importa nada.
ISABEL. Yo que no salgo de noche...
La culpa tiene Tomasa...
como yo queria ver
representar á Adelaida...
BARON. Adelaida... ¿la actriz?
ISABEL. Sí.
BARON. ¿La conoce usted?
ISABEL. Trabaja
en la Zarzuela: yo coso

para ella, y es tan franca
y me quiere tanto! Hoy
supe que representaba
una obra en que gusta mucho,
y no resistí las ganas
de verla; más suspendieron
la funcion...

BARON. ¡Oh qué desgracia!
(¡Qué fortuna, digo yo!)

ISABEL. Y estando fuera de casa,
quiso mi amiga que fuésemos
al Circo de Price.

BARON. ¡Bien haya
la casualidad que ha sido
de encuentro tan feliz causa!
Cuando yo vea á la actriz,
á su amigita Adelaida,
la diré de usted mil cosas.

ISABEL. ¿La trata usted?

BARON. No faltaba
más: el baron de la Espuela,
el *dandy* de tanta fama,
el que entra entre bastidores...
¿que si la trato? Bobada.
Ya lo ve usted, soy su amigo,
fie usted en mi palabra,
y espéreme aquí un momento...
Voy á ver si cerca se halla
algun coche.

ISABEL. Pero...

BARON Vuelvo.

ESCENA VII.

ISABEL, sola.

Me pesa con toda el alma
el no haberle dicho claro,
que su obsequio no aceptaba.

porque... en fin, porque no debo
exponerme á que sin causa
sospeche Antonio. Él me adora
y si á saberlo llegara...

ESCENA VIII.

ISABEL. ADELAIDA.

ADEL. Por aquí tal vez... ¡Es ella!
¡Isabel!

ISABEL. ¿Quién? ¡Adelaida!
¿Es usted?

ADEL. Hace un instante
del Prado me retiraba
por la calle de Alcalá,
cuando veo que Tomasa
tu amiga y vecina, sola
pasa á mi lado. Me llama
la atencion verla á estas horas,
y le pregunto la causa.
Entonces comprendí todo
lo que ocultarme intentaba.
Isabel, piensa en Antonio,
es quien de veras te ama,
y pronto serás su esposa.
Quizá el motivo mañana
sabrás del cariño mio,
y el interés que me llama
á apartarte del peligro
que hoy á tus piés se levanta.

ISABEL. Si yo no venia sola...
Tomasa...

ADEL. ¡Ya! fué una lástima
que se escabullera. ¡Oh!
la tal niña es una alhaja...

ISABEL. Luego el Baron...

ADEL. Le conozco...
muy galante...

ISABEL. Si se enfada
porque usted...

ADEL. No tengas miedo;
disimulará; es su táctica.
Yo no te abandono ya.
Aquí se acerca. En su cara
leo la satisfaccion
del triunfo que imaginaba.

ESCENA IX.

DICHOS. EL BARON.

MÚSICA.

BARON. Ya tengo un coche
con un caballo
y dos asientos
hechos de encargo.
Venga usted, niña.

ADEL. ¡Baron!

BARON. ¿Quién es?
(Es Adelaida.
¿Qué vendrá á hacer?)

A UN TIEMPO.

BARON. (Me he quedado estupefacto.
¡Vaya un lance singular!
Si ahora pierdo la ocasion,
oh qué silba me darán.
Yo me apuro,
de seguro,
Adelaida sabe ya
que Isabel estaba próxima
á dejarse enamorar.)

ADEL. (Se ha quedado estupefacto,
¡vaya un lance singular!
Quien evita la ocasion
el peligro apartará.
No me apuro,
de seguro

el Baron desistirá
si la niña estaba próxima
á dejarse enamorar.)

ISAB. (Se ha quedado estupefacto.
Es un lance singular.
Quien evita la ocasion
el peligro evitará.
No me apuro,
de seguro
su asechanza he de burlar,
si el Baron me juzga próxima
á dejarme enamorar.

ADEL. Yo la acompaño,
señor Baron.

BARON. Gracias, mil gracias,
(¡mal torozon!)
Solo en el coche
cabemos dos.

ADEL. Busque usted otro.

BARON. Es tarde.

ADEL. No;
ó irá usted á pédibus
sin remision.

BARON. Tiene la actriz
una nariz
tan suspicaz,
que su doblez
por esta vez
me da mucho en qué pensar;
y por eso,
lo confieso,
me ha pegado á la pared.

ADE. É ISAB. Tiene el dandy
una nariz
muy suspicaz;
mas su doblez

por esta vez
me da poco en qué pensar;
y por eso
lo confieso
no caerémos en la red.

HABLADO.

ADEL. Nada, lo dicho, Baron,
yo me doy por convidada,
y de usted no me separo
hasta dejar en su casa
á Isabel.

BARON. Me alegro mucho.
(Disimulemos.) Pensaba
en obsequiar á su amiga...

ADEL. Pues aceptamos.

BARON. (Ya escampa.)
(¡Qué idea!) Ya somos tres;
me tomo la confianza
de invitarlas á cenar.

ADEL. Convenidos.

BARON. (Que te clavas.)

ADEL. (Ya que es buena su intencion
quiere que le cueste cara.)

BARON. Pues bien, dentro de un momento
aquí vendré yo sin falta
con una berlina.

ADEL. En tanto
nos pasearémos.

BARON. Me agrada.

ESCENA X.

BARON. (Solo.)

Todos obstáculos son...
y yo esta noche creia
que hablarla á solas podria.
Nunca tan buena ocasion.
¡Y tenerla que perder

por un motivo tan fútil!
Discurramos algo útil...
con las dos... vamos á ver...
¿Quién toma á Sebastopol?...
Aunque la lleve á cenar
es lo mismo que citar
á una en la Puerta del Sol.
Si tuviera un compañero,
la partida era ya igual;
pues dos para dos... cabal:
voy á invitar al primero
que me encuentre por ahí.

ESCENA XI.

BARON. CÁNDIDO. UNA SEÑORITA.

CÁNDIDO. (A una.) Qué talle! (A otra.) ¡Y esta qué cara!
¡Señorita!. No repara
en mí. Señorita, si
quiere usted que la acompañe...
SEÑORITA. No me siga usted. Mamá
viene cerca, y nos verá.
CÁNDIDO. Yo ruego á usted que no extrañe
mi (y es guapa) mi pasion...
SEÑORITA. No debo...
CÁNDIDO. ¿Por qué motivo?
SEÑORITA. Soy soltera, pues, y vivo
en la calle de Colon. (Desaparece.)
CÁNDIDO. En la ca... lo apuntaré.
BARON. Si me encontrase un amigo...
CÁNDIDO. ¡Qué Madrid! Dios me es testigo...
¡Otra conquista!
BARON. ¿Qué haré?
Calle! Este facha... yo creo
que le conozco. No hay duda...
¡Cándido!
CÁNDIDO. ¿Quién me saluda?
BARON. Yo.

CÁNDIDO. ¡Federico, qué veo!
BARON. ¡Querido amigo y paisano!
¿Tú en Madrid?
CÁNDIDO. Aquí me tienes.
BARON. ¿Quizás á negocios vienes?
CÁNDIDO. No, á divertirme.
BARON. ¡La mano!
CÁNDIDO. Y tú ¿qué te haces?
BARON. ¿Yo?
Toma, si estoy empleado.
CÁNDIDO. ¡Ya! Te encuentro muy cambiado.
BARON. La suerte me protegió.
Entré en la Deuda (no miento)
y hago negocios.
CÁNDIDO. Tu porte...
¿Quién no prospera en la córte
aunque no tenga talento?
BARON. Mil gracias.
CÁNDIDO. No es alusion
á tí... Chico, eres muy listo.
Dígalo yo, que te he visto
en el pueblo hecho un pelon.
Ibas derecho á tu fin,
pues ya sin tener de qué,
llevabas siendo de á pié.
en la bota un espolin.
Juntos fuimos á la escuela,
y eras tan elegantote
que te pusieron por mote...
BARON. ¡Calla!
CÁNDIDO. El Baron de la Espuela.
BARON. Cosas de la edad.
CÁNDIDO. Es cierto.
BARON. ¿Quién progresa en una villa?
CÁNDIDO. ¡Y en la nuestra! ¡Minglanilla!
BARON. ¡Bá!, si aquello es un desierto!
CÁNDIDO. Chico, allí no hay más que sal.
Hiciste bien en venir...

¡Qué Madrid! ¡esto es vivir!..
¿Digo bien?

BARON. No me va mal.

CÁNDIDO. Yo abandoné á Minglanilla
por venir aquí á gozar;
soy rico y dije: ¡á volar
por Madrid, que ancha es Castilla!
Como vivo sin apuros...
Há ocho dias he llegado
y en esos ocho he gastado
cerca de quinientos duros.
¿Qué quieres? Soy yo muy ducho
metido en gresca, y no hago
mal papel: yo siempre pago,
pero me divierto mucho.
Con las mujeres en lid,
hago acopio de conquistas,
y cuidado si son listas
las mujeres de Madrid.
Y á mí que me gustan todas,
desde la dama de coche
á la que cose de noche
en un almacen de modas.
No sus defectos me saques,
porque abrasan sus miradas;
¡qué caras tan bien pintadas,
qué gracia, y qué miriñaques!
Yo que no soy un Mambrú
á una seguí el otro dia
que una reina parecia,
y me llamaba de tú.
No he visto franqueza igual;
¿quién no se divierte aquí?
¡Oh, la córte es para mí
el paraíso terrenal!
Y los hombres? todos son
empleados, es decir,
que se pueden divertir

á costa de la nacion.
Cada cual donde le llama
su aficion con fe se inclina :
vi ayer á uno en la oficina
que estaba escribiendo un drama.
Hombre de quien nadie fia
en mi pueblo, he visto yo
que á diputado subió,
y ahora le llaman usía.
Y al verle, en un ex-abrupto,
de gozo exclamo contento :
—«Que tenga tanto talento
fulano siendo tan bruto !»
El nombre de Oriente miente
en el idioma español ;
lo último que alumbra el sol
aquí es la plaza de Oriente.
Si roban en Minglanilla
es siempre por el tejado ;
en Madrid se ha progresado:
roban por la alcantarilla.
Con el Lozoya se avisa
que agua no nos faltará,
y el Manzanares no da
para lavar la camisa.
Por la arena se derrama
entonando sus pesares ,
y al hablar del Manzanares
no me refiero al programa.
En Madrid se llama artista
al maestro zapatero ;
á aquel que talla, banquero ;
y neo, al absolutista.
Aquí al que no tiene fe
le dan un mando político ,
y suele pasar por crítico
el hablador de café.
Hombre que nunca va á misa

nos predica la moral...
Todo en esta capital
es cosa que causa risa.
Por eso yo, que soy ducho,
tras sus goces me deshago;
es verdad que siempre pago,
¡pero me divierto mucho!

BARON. ¡Cuánto me alegro de verte
resuelto...!

CÁNDIDO. Ya verás tú.

BARON. Cándido, serás el bú
de los maridos.

CÁNDIDO. La suerte
hasta ahora no me ha tratado
mal, pero te advierto...

BARON. ¿Qué?

CÁNDIDO. Jamás el amor haré
á una casada.

BARON. ¿Te han dado
algun chasco?

CÁNDIDO. No atrevido
de las casadas intentes...
Entre otros inconvenientes,
suelen tener un marido.

BARON. ¿Y qué?

CÁNDIDO. El marido es bastante
calamidad, es un morbo...
si es para todo un estorbo
lo es aún más para el amante.
¿Ves un tigre?

BARON. No.

CÁNDIDO. Pues yo
le temo más á un marido.
Además, mi alma ha sentido
por otra...

BARON. Cuéntamelo.

CÁNDIDO. Federico, me clavé;
¡qué mujer tan singular!

si tú la oyeras cantar...

BARON. ¿Cantar en la mano?

CÁNDIDO. ¡Hombre, qué!
en el teatro.

BARON. ¿Es actriz?

CÁNDIDO. ¡Y qué actriz, amigo mio,
con una gracia, y un brio,
y una cara, una nariz!

BARON. ¿Y ese tipo filarmónico,
te corresponde, te adora?

CÁNDIDO. Ella mi pasion ignora,
soy un amante platónico.

BARON. ¿Qué nombre tiene tu Zaida?
Debe ser encantador.

CÁNDIDO. Angel la nombra mi amor,
pero el cartel Adelaida.

BARON. ¿Adelaida? Pues te advierto
que la trato mucho.

CÁNDIDO. ¿Sí?
Preséntame á ella.

BARON. Aquí
mismo.

CÁNDIDO. ¿De veras?

BARON. Tan cierto...
Y esta noche cenarás
con ella.

CÁNDIDO. ¡Con ella, oh Dios!

BARON. Serémos dos para dos.

CÁNDIDO. ¡Cuánto te agradezco... Más
que si un billete me dieras
para ver lo reservado
del Retiro!

BARON. (Ya he encontrado
quien pague.) Si tú quisieras...

CÁNDIDO. ¡Pues no he de querer!...

BARON. Se trata
de ella y una amiga...

CÁNDIDO. Estoy.

BARON. Vé á buscar dos coches.
CÁNDIDO. Voy.
¡La alegría me arrebata!
BARON. Las dos vendrán sin temor
á este sitio: ¡son tan bellas!
Tú vuelve aquí: voy por ellas.
CÁNDIDO. ¡Qué noche! ¡viva el amor!

ESCENA XII.

EL MOZO DE LAS SILLAS. EL AGUADOR.

AGUADOR. (Dirigiéndose con un cigarro al mozo que estará sentado en una silla á la derecha.)
¿Me da usted lumbre?
MOZO. ¿Pureas?
AGUADOR. Me lu acabo de encontrar,
y dije: ¡date, colilla!
yo fumo en comunidad.
Paréceme que esta noche
va á ver aquí, señor Juan,
mojigangas.
MOZO. Yo lo creo.
AGUADOR. Los dos señuritus...
MOZO. ¡Ya!
AGUADOR. ¡Con otras dos en un coche
van á la fonda á cenar.
Hombre, no era yo cuchero
por cuanto en el mundo hay...
MOZO. Pues no sabes tú, Farruco,
lo que sufre la moral
en las sillas.
AGUADOR. Me lu piensu.
MOZO. ¡Qué de billetes se dan!
AGUADOR. Y no del Banco, que entonces
me echaba yo á enamorar.
MOZO. ¡Qué de citas!
AGUADOR. ¿Non se pierde
alguna alhajilla?

MOZO. ¡Quiá!
Anda la gente muy lista...
¡Alhajas! ¿Quién se ha de hallar?...

AGUADOR. Lo que aquí pierden las niñas
ya non se encuentra jamás.
La otra noche estaba ahí
la mujer de un general
haciendo guiños á un pollo
con una nariz de acá,
cuando llegó su marido.
y conoció la señal.
Amigo, se armó tal gresca,
y una de puños ¡que ya!
Pero ella se desmayó,
y el pollo se echó á volar,
porque vió por este lado
venir un municipal.

MOZO. Aquí un marido está siempre
amenazado.

AGUADOR. Es verdad.
Me retiru, que ya es tarde,
y hasta otra, señor Juan.

ESCENA XIII.

ANTONIO. TERESA.

ANTONIO. ¡Calle, Teresa! ¿Eres tú?

TERESA. Hola, vecino, ¿qué tal?

ANTONIO. ¿Y tus flores?

TERESA. Ya no vendo,
ni tengo necesidad...
he tomado otra carrera.

ANTONIO. ¿Otra carrera?

TERESA. Cabal.
Voy á entrar en el teatro.

ANTONIO. ¿Cómo?

TERESA. Me van á ajustar.

ANTONIO. ¿A ajustar? ¿el cuerpo?

TERESA. No,
para que trabaje.
ANTONIO. ¡Ah!
TERESA. Un músico me protege.
Toma, y se quiere casar
conmigo.
ANTONIO. ¡Pobre Teresa!
Buen chasco te llevarás.
TERESA. ¿Por qué? Quien no se aventura
no pasa nunca la mar.
Yo no tengo la pacencia
de tu novia; siempre está
con la aguja... ¿y qué adelanta?
ANTONIO. ¿Te atreves á comparar?
Isabel será mi esposa
muy pronto, y no faltará
trabajo...
TERESA. Eso es diferente,
Tú ganas mu buen jornal,
eres ebanista... Yo
me las tengo que agenciar...
ANTONIO. ¿Y si te engaña tu amante?
TERESA. Creo en su amoroso afan.
ANTONIO. No te fies. Yo sé de una
que era un ángel de bondad,
más fué á coser á una casa
por unos dias no más...
¡Era mi hermana!
TERESA. ¿Tu hermana?
ANTONIO. Creyó en mal hora á un galan,
á quien sorprendiera el amo;
y sabida la verdad
por boca del mismo amante,
de aquella casa fatal
fué arrojada con escándalo
de toda la vecindad.
Avergonzado mi padre
no quiso verla jamás...

Yo quise lavar la afrenta
y ella se empeñó en negar...
cuida que á tí no te burlen...

TERESA. ¿A mí un músico? ¡Quizá!...
¿No tengo yo manos? ¡Vaya,
y de cada *gofetá!*
Me ha de sacar al teatro,
y me ha de hacer *de brutar!*
como ahora dicen; con una
zarzuela ori... original.
Aquí le estoy esperando.

ANTONIO. Pues no te quiero estorbar.

ESCENA XIV.

DICHOS. ANÍBAL.

ANÍBAL. ¡Es ella! Teresa.

TERESA. Miste,
ya me iba á escurrir.

ANÍBAL. ¡Qué tal!

ANTONIO. Adios, Teresa. (Vase.)

ANÍBAL. ¿Ese prójimo?

TERESA. Ese no me toca ná.
Es vecino.

ANÍBAL. Pues me agrada
muy poco tu vecindad.

TERESA. ¡Toma! Una no está en el mundo
como un hongo, y ha de hablar
con la gente.

ANÍBAL. ¡Por supuesto!

TERESA. ¿Tiene usté celos?

ANÍBAL. Cabal.

TERESA. Pues póngase usté un emplasto
en donde le duela más.
Hoy cura la *Mielpatía*
pronto y sin necesidad
de sangrijuelas.

ANÍBAL. ¡Teresa!

TERESA. Digo bien; ¿me he de callar
si miro que se me engaña
con tanta inhumanidad?

ANÍBAL. ¿Yo?

TERESA. Muchos *prometimientos*
y en cuanto á las obras, *ná.*

MÚSICA.

ANÍBAL. Lo ofrecido es deuda,
dueño de mi amor,
y ahora de cumplirlo
llega la ocasion.
Muy pronto á la escena
saldrás.

TERESA. ¡Qué alegron!

ANÍBAL. (Es para corista
una adquisicion.)

TERESA. ¡Oh! para las tablas
todo el que me vió,
dice que yo tengo
gran *desposicion.*

ANÍBAL. (Perdone el idioma
este revolcon.)

CANCION.

TERESA. Yo vendia ramilletes de flores
y orgullosas miraba pasar,
esas nobles señoras que llevan
cien lujosos galanes detrás.
Y me decia
viéndome así:
—¿qué es de tu vida
niña infeliz,
sin tener padres,
sin porvenir?
—Nobles damas, señores,
un ramito, á escoger,
venid, yo tengo flores,

y dicen los doctores
que amor las vió nacer.
Madrileñitas,
vamos á ver,
son muy bonitas,
ea, á escoger,
¡Ay que flores, qué colores!
Sí señor.
Todas ellas exhalan amor.

ANÍBAL. (Me ha entusiasmado
con su cantar.
De partiquina
la ajusto ya.)
TERESA. ¿Qué dice usted?
ANÍBAL. Que te doy en mi zarzuela
sin remedio un buen papel.
TERESA. ¡Pero usted me ensayará?
ANÍBAL. Sí, yo en autos te pondré.
Ya verás cómo progresas
y qué bien lo vas á hacer.

TERESA. Mi suerte va á cambiar.
ANÍBAL. Es verdad.
TERESA. Seré pronto una actriz.
ANÍBAL. Es decir.
TERESA. De seda vestiré.
ANÍBAL. No lo sé.
TERESA. Si aplauden con furor.
ANÍBAL. Quizá no.
TERESA. Me elevan hasta el *don plus.*
ANÍBAL. Es segun.
TERESA. Mi suerte y mi aficion
sacudirán la cruz
de tanta postracion
en un decir Jesus.
ANÍBAL. Su suerte y su aficion
sacudirán la cruz

de tanta postracion
en un decir Jesus.

HABLADO.

ANÍBAL. Vamos, te doy mi palabra
de protegerte. Verás
cómo adelantas.

TERESA. Yo tengo
desposicion.

ANÍBAL. Es verdad;
pero es menester que pongas
más cuidado en pronunciar
las palabras.

TERESA. ¿No prenuncio
lo mesmo que los demás?
Yo no encuentro diferiencia.

ANÍBAL. Pues la hay.

TERESA. ¿Cuála?

ANÍBAL. ¡Voto á san!
Ese *cuala* es un insulto
al órden gramatical.

TERESA. Pues enséñeme usté.

ANÍBAL. ¿Yo?
Y tiene razon... verás...
Oye la *Correspondencia*.

TERESA. Bien.

ANÍBAL. Y aprende á pronunciar.
(Se colocan debajo de un farol.)

TERESA. Dáme una guena leccion.

ANÍBAL. Gacetilla.

ESCENA XV.

DICHOS. EL BARON. ADELAIDA. ISABEL.

BARON. Aquí vendrá
mi paisano.

ADEL. Bien, Baron,
más no llegue usté á olvidar

que es tarde.

BARON. Dentro de poco...
Cándido no tardará...
(¡Cielos qué noche me espera!)

ADEL. (¡Qué chasco te llevarás!)

ANÍBAL. (Leyendo.) Nunca el gobierno español
ha estado como ahora tan... (Apagan el farol.)
á oscuras me dejan.

BARON. (Reparando en Aníbal.) ¡Hola!
¿Usted por aquí?

ANÍBAL. Sí tal.
(A Teresa.) Te presento al *diletante*
de más renombre y de más...
¿Adelaida aquí?

TERESA. ¿La actriz?

ANÍBAL. ¡Qué feliz casualidad!
Esta niña á quien protejo
por su rara habilidad
y su aficion á las tablas,
es Teresa Lara y Val.
A su talento se junta
una buena cualidad:
nunca ha ido al Conservatorio.
Con que no principia mal.

TERESA. (¡Es Isabel! Si su novio
la ve con otro pasear...)

BARON. Si ustedes gustan... (¡qué idea!)
acompañarnos, podrán...

ANÍBAL. ¿Adónde?

BARON. A cenar.

ANÍBAL. (¡Oh musas!)

BARON. (El otro paga...)

TERESA. Me da (A Aníbal.)
vergüenza.

ANÍBAL. Pues que te dé
apetito, que es lo más
conveniente.

BARON. (Con la gresca
y el jaleo...)

ESCENA XVI.

DICHOS. CÁNDIDO.

CÁNDIDO. ¡Uf! ¡oh! ¡ah!
BARON. ¿Qué ocurre?
CÁNDIDO. Que no hay un coche
en toda la vecindad.
BARON. Estamos frescos.
CÁNDIDO. No: estamos
á pié.
ISABEL. ¿Qué importa?
BARON. ¡Pues ya!
CÁNDIDO. Solo me he encontrado un coche.
—¡Cochero, le grito, atrás!
Y el bruto no me responde.
Me acerco y le oigo roncar;
pero abro la portezuela,
y al meter dentro la faz
el cochero con el látigo
me hace aquí un punto final. (Señalando á la espalda.)
Entonces me lanzo á él
y se armó una de ¡pin, pan!
voces, gritos y patadas,
¡una batalla campal!
ni la jornada de Ardóz
nos presentó un cuadro tan...
Yo salí herido en el rostro
de una bofetada audaz,
que aunque luego tenga cura
hoy por hoy es cardenal.
¡Cómo se divierte uno
en Madrid... voto á San Blás!
En fin, señores, no hay coche.
BARON. ¿Y qué hacemos?
ANÍBAL. Cerca está
la fonda.
ADEL. Irémos á pié.
BARON. (Lance más particular.)

ESCENA XVII.

DICHOS. D. LEON.

D. LEON. (La he seguido hasta su casa...
no era mi mujer.)
ANÍBAL. ¿Quién vá?
D. LEON. ¡El músico!
ANÍBAL. Don Leon,
¿nos quiere usté acompañar?
D. LEON. Gracias. (Se va.)
ANÍBAL. No hay de qué.
TERESA. ¡Qué amable!
ANÍBAL. Y con un genio de agráz.
BARON. Le conozco. ¡Pobre hombre!
ANÍBAL. ¡Pobre! Pues me hizo pagar...
BARON. Me sucedió un lance...
ADEL. ¿Un lance?
BARON. Su esposa es guapa...
CÁND. ¡No más!
BARON. Él tuvo celos de mí.
ADEL. (El mismo, no hay qué dudar.)
BARON. Le colgué el milagro á otra,
y lo creyó.
ADEL. ¡Cielos, ah!
BARON. ¿Qué tiene usted, Adelaida?
ADEL. Prosiga usted.
D. LEON. (Dentro.) ¡Barrabás!
estos ciegos no reparan,
ni miran por donde van.
BARON. Es él... puede oirnos... luego.

ESCENA XVIII.

DICHOS. CIEGOS con guitarras y bandurrias.

UN CIEGO. ¡Vaya un señor! Me tropieza
y me pisa el callo décimo,
y encima de esto se queja.

BARON. ¡En marcha!

CIEGO. ¿Quieren ustedes
que cante una canción nueva?

BARON. Para canciones estamos.

CÁND. Cuando el amor nos espera...

CIEGO. ¡Señoritos!..

BARON. Otra noche.

(Van á salir por la derecha el Baron dando el brazo á Isabel, Aníbal á Teresa y Cándido á Adelaida.)

ADEL. ¡Don Leon! (Todos se vuelven para salir por la izquierda.)

CÁNDIDO. ¡Vaya una vuelta!

ADEL. Por el otro lado.

ISABEL. ¡Antonio! (Todos dan otra vuelta.)

CÁND. Y van dos. Siga la rueda.

ISABEL. (Ap.) Ahí viene Antonio, Adelaida.

ADEL. (Mi hermano!) ¡Que no te vea!

CIEGO. ¿Con que, canto, señoritos?

BARON. (¡Quién con un canto te diera!)

CIEGO. ¿Preparamos las guitarras?

CÁNDIDO. Hombre, canta lo que quieras.

CIEGO. La cancion de *Los placeres*
de Madrid.

ANÍBAL. Música y letra
son mias. Quiero cantarles
si ustedes me aplauden.

TODOS. Sea.

CÁNDIDO. La cancion de... Me divierto
sólo de pensar en ella.

MÚSICA.

ANÍBAL. Madrid está tranquilo...
más ¿qué vago rumor
se escucha en esa sala?
¡Señores, atencion!
Se rompe una botella,
y el eco en derredor
murmura en nuestro oído
el canto del amor.

¡Y risas, já, já, já!
¡Y vasos ti-qui-tic!
Y gritos por allá
y amores por aquí.
Eso es
¡já, já, tic, tic!
que se entregan al placer
los vecinos de Madrid.

CORO GENERAL.

¡Y risas já, já, já!
¡y vasos ti-qui-tic!
y gritos por allá
y amores por aquí.
Eso es
¡já, já, tic, tic!
que se entregan al placer
los vecinos de Madrid.

RECITADO CON ORQUESTA.

ESCENA XIX.

DICHOS. ANTONIO. DON LEON.

D. LEON. Observaré si mi esposa
entre esta gente se encuentra.
ISABEL. (Ap. á Adel.) ¿Qué haré, Adelaida, que haré?
ADEL. Vete, que Antonio se acerca. (Se va Isabel, dejando caer un pañuelo blanco.)
BARON. ¿Dónde va Isabel?
ADEL. ¡Silencio,
si no quiere usted perderla!
BARON. Lo que quiero es encontrarla.
ANTONIO. (A Teresa.) ¿Ese es tu novio?
TERESA. Sí.
ANTONIO. ¿Y esa? (Por Adelaida.)
Señorita. (Saludando. La reconoce.)
¡Cielo santo!

¡Mi hermana Adelaida! ¡Es ella!
(Cogiendo el pañuelo que habrá dejado caer Isabel al marcharse.)
¿Y este pañuelo?... Es el mio...
El que dí á Isabel... ¡La pérfida
se habrá marchado! Mañana
se aclararán mis sospechas,
y si me engaña...

BARON. ¡Otra copla!

CÁNDIDO. Sí, divirtámonos.

BARON. Venga.

ANTONIO Yo la cantaré, señores,
y atencion, que va de veras.

CANTO.

ANTONIO. (Con intencion á Adelaida.)
Por sólo divertirse,
sin otra ocupacion,
hay gentes en la córte
que van de flor en flor.
Si llora una familia
de su hija el deshonor,
Madrid vive tranquilo,
Madrid respira amor.

TODOS.

Y risas, já, já, já,
y vasos, ti-qui-tic,
y gritos por allá
y amores por aquí.
Eso es
já, já, ti-qui-tic,
que se entregan al placer
los vecinos de Madrid.

ANTONIO. (A Adel. ap.) Este pañuelo
es de Isabel.
¿Contigo estaba?

ADEL. ¡Suerte cruel!

ANTONIO. Habla, responde.
D. LEON. Aquí hay belen.
ADEL. Es inocente.
ANTONIO. No puede ser.
BARON. No más secretos.
CÁNDIDO. ¿Y la cancion?
ANÍBAL. Cantemos todos.
ANTONIO Y ADEL. Teneis razon.

A UN TIEMPO.

ADELAIDA.

La luna brilla,
pero en la villa
¡ cuánta inocente
la pura frente
dobla al dolor!
Perdí mi calma,
porque en el alma
la desventura
con flecha dura
fiera me hirió.

ANTONIO.

La luna brilla,
pero en la villa
la tierna amante
que es inconstante
nos miente amor.
Perdí mi calma
porque en el alma
la desventura
con flecha dura
fiera me hirió.

D. LEON, BARON, CÁNDIDO, ANÍBAL, TERESA Y CORO GENERAL.

La luna brilla,
pero en la villa
el hombre ciego
mujer y juego
siempre encontró.
En los salones,
los corazones
de los amantes
dulces instantes
gozan de amor.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Jardin: á la izquierda, el ángulo donde termina el café, mesas, sillas, etc.; en el centro un árbol preparado para los fuegos artificiales; enramadas á los lados y calles de árboles, farolillos de colores, bancos, etc. Al alzarse el telon, aparece Antonio en primer término bebiendo con otros en una mesa: caballeros y señoras paseando por la escena.

INTRODUCCION.

ESCENA PRIMERA.

ANTONIO sentado á una mesa del café. CABALLEROS y SEÑORAS.

CORO GENERAL.

El Eliseo madrileño
hoy sus puertas nos abrió,
busque el alma con empeño
la ventura que soñó.
(A Antonio.) ¿Por qué triste y abatido
hoy te humillas al dolor?
Aquí reina la alegría,
la alegría del amor.
Alza la frente,
ven á gozar,
porque es la vida
sueño fugaz.

ANTONIO. Teneis razon,
quiero gozar,

viva el amor,
voy á brindar.

Más que gloria, honor y fama,
nos cautiva el corazon
la mujer cuando nos ama
y una copa de licor.

La tristeza es una bruma
¡ay! que se va
cuando hierve la alba espuma
en el cristal.
Yo que triste el alma siento
de tanto amor,
quiero ahogar mi pensamiento
en el licor.
Bellas mujeres,
viva el placer,
ceñid de flores
la blanca sien.
Yo os traigo un alma
llena de amor:
á quien os busca
dadle una flor.
Y si mañana
muerte nos dais...
sueño es la vida,
sueño no más.

CORO.

Bellas mujeres,
viva el placer, etc.

(Se oye dentro la orquesta del baile tocando unas habaneras.)

CORO GENERAL.

Nos llama la orquesta,
¡venid á bailar!

ELLOS. Tu lindo talle
tu gracia ví,

y sin querer
¡ay! niña mia, yo me rendí.

ELLAS. Si de esta música
me agrada el son,
dejé á la puerta
¡ay! caballero, mi corazon.

ESCENA II.

HABLADO.

ANTONIO. TERESA.

TERESA. ¿Y tú no bailas, Antonio?

ANTONIO. ¿No he de bailar? A eso vengo,
á divertirme.

TERESA. Haces bien:
los duelos con pan son menos

ANTONIO. Si se figura Isabel
que han de matarme los celos,
se equivoca... Estoy alegre,
y desde que no la veo,
no pienso en ella, ni la amo,
ni nada saber intento,
ni... ¿tú la has visto?

TERESA. Yo no.

ANTONIO. Ni yo tampoco. Me alegro.

TERESA. ¿Por qué fué la riña?

ANTONIO. Fué,
ya sabes, por el pañuelo.

TERESA. Pero ella se disculpó.

ANTONIO. Palabras que lleva el viento;
pues mientras ella turbada
me fraguaba un nuevo enredo,
el criado del Baron
vino á aumentar mis recelos,
trayéndola de su parte
un magnífico aderezo.

TERESA. ¿Y lo recibió?

ANTONIO. Lo ignoro:
desde aquel mismo momento
la abandoné para siempre.
No sé más.

TERESA. Pues yo sé el resto.

ANTONIO. ¿Tú sabes?

TERESA. Sí, con tu hermana
vive Isabel.

ANTONIO. Lo comprendo,
tal para cual.

TERESA. Te equivocas
si piensas que el Baron...

ANTONIO. Creo
que mi hermana basta y sobra
para darla un buen consejo.
Mientras haya amantes ricos,
lo demás importa un bledo.
Yo me divierto tambien
desde que en ella no pienso.
Y la he olvidado... justo.
¿Tú la has visto?

TERESA. No.

ANTONIO. Me alegro.
Así no me hablarás de ella.
Ya ves tú si estoy contento;
en lugar de trabajar,
todo el dia me paseo;
vengo á los bailes, y bailo;
me gusta el licor y bebo;
y hago el amor á las viejas;
y canto que me las pelo;
y al que me quiere le pago,
y al que me insulta le pego.

TERESA. Vamos, la verdad, Antonio,
tú la quieres.

ANTONIO. ¿Que la quiero?
Te engañas... Ni tan siquiera
ya de su nombre me acuerdo.

Ella estará muy contenta,
y tendrá amantes á cientos,
mi hermana la ayudará,
como si lo viera... y luego
el Baron... ¿La has visto tú
con el Baron?

TERESA. No.

ANTONIO. Me alegro.
A mí nada me interesa.
Para probártelo quiero
bailar contigo.

TERESA. Me gusta.

ANTONIO. ¿Aceptas, Teresa?

TERESA. Acepto.

ANTONIO. Mas no me hables de Isabel.

TERESA. Ni de Isabel, ni de...

ANTONIO. Bueno. (Se van del brazo.)

ESCENA III.

BARON. CÁNDIDO.

CÁNDIDO. ¿Estamos en el Eliseo?

BARON. Aquí nos divertirémos
con la caza al por menor.

CÁNDIDO. Me gusta este movimiento.
¡Qué sitio más á propósito
para un amoroso encuentro!
¡Qué Madrid! ¡Esto es la gloria!
Y añada usted al jaleo
de aquí, la satisfaccion
de hacer bien.

BARON. No es lo de menos.

CÁNDIDO. El baile es á beneficio
de la Inclusa.

BARON. Y ten por cierto
que las diversiones dan
para todo aquí.

CÁNDIDO. Lo creo.

BARON. ¿Con que te gusta el Eliseo?
CÁNDIDO. Para que sea completo
mi gusto, sólo me falta
una cosa.
BARON. No te entiendo.
CÁNDIDO. Encontrarme aquí á Adelaida.
BARON. ¡Ba! No seas majadero.
Adelaida será tuya,
ya verás, andando el tiempo...
en tanto se busca otra.
Eres tan corto de genio...
CÁNDIDO. No lo extrañes, vine ayer
como quien dice, y no tengo
aún el alma acostumbrada
á cambiar en un momento
de amor, como el que se muda
de camisa ó de chaleco.
En Madrid se ama al vapor,
y á ese paso me reviento.
Pero dime, ¿y Adelaida?
BARON. Te adora.
CÁNDIDO. No lo sospecho.
BARON. ¿Pues no acepta tus regalos?
CÁNDIDO. Es verdad; en cuanto á eso...
Todos los dias compramos
algun regalo soberbio
que te encargas de enviarle.
BARON. (Y que me guardo!) Yo entiendo
la aguja de marear.
CÁNDIDO. Todo eso será muy bueno;
pero, chico, reflexiona
que es mucho gasto el que tengo.
BARON. Tú eres rico.
CÁNDIDO. Eso es conforme.
Si sigo al paso que llevo,
mi dinero y mis haciendas
entre tú y yo nos comemos.
BARON. ¿Y sabes tú la fortuna

que te espera?

CÁNDIDO. No la veo.

BARON. Cuando poseas su amor...
¡qué conquista! ¡Vive el cielo!
Te envidiará todo el mundo;
Cándido, no tengás miedo,
tuya será esa mujer
que otros lograr no pudieron.

CÁNDIDO. ¿Mia? ¿Estás seguro?

BARON. Sí.

CÁNDIDO. No me seduzcas, sireno.

BARON. Anímate.

CÁNDIDO. Si lo estoy:
y esta noche armo un Tiberio
en este baile. Verás...
el sombrero así... á lo trueno,
que me entren moscas... Repara
en esta planta... ¿Eh?

BARON. Soberbio.
Ahora vamos á embestir
con la más linda...

CÁNDIDO. Al momento.
¡Fuego al enemigo!

BARON. Escucha.
¿Llevas ahí dinero suelto?
Yo solo tengo billetes.

CÁNDIDO. En esta cartera llevo...
¿Qué te hace falta?

BARON. Dos onzas
nada más.

CÁNDIDO. Toma, y adentro.

ESCENA IV.

D. LEON. EL MOZO DEL CAFÉ.

LEON. Ninguna se le parece.
¡Mozo, mozo!

MOZO. ¡Caballero!

¿qué va á ser? (Limpiando la mesa.)

LEON. Una mujer...

MOZO. ¿Qué es lo que está usted diciendo?

LEON. Una mujer á quien busco
¿habrá estado aquí?

MOZO. No acierto.
Si me diera usted las señas...

LEON. Alta, delgada, buen cuerpo,
buenos ojos...

MOZO. ¿Buenos ojos?

LEON. Sí.

MOZO. Calle usted... no recuerdo...
si...

LEON. ¿Hablarás?

MOZO. Nó.

LEON. ¿Cómo?

MOZO. ¡Si!
Pues señor, no caigo en ello.
Si usted otras señas no me da...

LEON. Es mi mujer.

MOZO Su... no creo
que haya venido: aquí vienen
solo solteras.

LEON. Pues bueno,
déjame.

MOZO. ¿Quiere usted algo?

LEON. Sí, un vaso de agua, y fuego
para encender el cigarro.
Y un periódico.

MOZO. No puedo
servir á usted el periódico.

LEON. ¿Por qué no puedes, mostrenco?

MOZO. Los han recogido.

LEON. ¿Quién?

MOZO. El amo.

LEON. ¿Sí? Buen provecho. (Vase el mozo.)
Al hablar de recogidas.
con harto dolor recuerdo

que no puedo recoger
á la mujer que yo tengo. (Entra en el café.)

ESCENA V.

ADELAIDA. ISABEL.

ADEL. ¿Pero querrás esplicarme
la causa de tu silencio
y el motivo que nos trae
á este sitio?

ISABEL. Sí, al momento.
Quiero divertirme.

ADEL. No;
eso es tan solo un pretexto.
Juzgas que Antonio vendrá.

ISABEL. ¿Antonio?... no recordemos
el tiempo que ya pasó
y que yo olvidar deseo.

ADEL. ¿Olvidar al que te adora
y será tu esposo luego?

ISABEL. Mi esposo... No, ni él me quiere
como usted piensa, ni debo...

ADEL. ¿Que no te quiere? Isabel,
te hace injusta el sentimiento.

ISABEL. Más injusto fué conmigo
él, porque sin darme crédito,
sin compasion me condena
acosado por los celos.
La sospecha no es motivo
para culpar sin remedio.

ADEL. ¡No lo extrañes: por mi causa
ha sufrido tanto!..

ISABEL. Anhelo
esclarecer la verdad
ahora que estamos á tiempo.
Ya sé que usted es la hermana
que él acusaba en secreto,
y sé tambien la desgracia

que como un rayo del cielo
hirió esa frente que deben
mirar todos con respeto.

ADEL. Isabel...

ISABEL. Si usted ha sido
con sus prudentes consejos
quien me salvó del abismo
cuando llegué sin aliento
desesperada á sus puertas,
yo á mi vez ahora pretendo
esclarecer esa historia
que ha infamado á usted.

ADEL. Tu esfuerzo
será vano, si el Baron
no nos declara el secreto.

ESCENA VI.

DICHOS. EL BARON. CÁNDIDO.

BARON. Aquí hay dos: las sacarémos
á bailar.

CÁNDIDO. ...Ya me lancé
á la escena y... ¡Señorita!

BARON. Seño....

CÁNDIDO. ¡Adelaida!

BARON. ¡Isabel!

ISABEL. A buscar á usted venimos,
señor Baron.

BARON. ¡Qué placer!
(si se rinde), ¿al fin se ablanda
ese corazon?

ISABEL. Tal vez.

BARON. Bendita sea esa boca.
¿Y cuándo podré tener
el gusto de hablarla á solas
para ponerme á sus piés?

ISABEL. Es usted muy peligroso.

BARON. Más peligrosa es usted

con esos ojos...

ADEL. (Que ha hablado aparte con Cándido.)
¡Qué cosas
tan peregrinas se ven!
¿Con que he recibido yo
regalos...

CÁNDIDO. Y más de tres.

ADEL. ¡Já, já, já! ¿Está usted soñando?

CÁNDIDO. ¿Yo? Pues me parece que...
(¿A que ahora niega?)

ESCENA VII.

DICHOS. DON LEON.

LEON. Baron,
¿ha visto usted á mi mujer?

BARON. (El mónstruo.) Yo no la veo
hace ya un siglo.

LEON. Pensé...

BARON. ¿Sospecha usted como antes?

LEON. Si sospechara de usted,
uno de los dos, Baron,
no estaria ya de pié.

ADEL. ¿Qué es eso?

BARON. Este caballero
que sospechó, sin tener
motivo alguno de queja,
de su esposa.

CÁNDIDO. Algun belen.

ADEL. Esa debe ser la historia
que usted nos contaba.

LEON. A ver,
la historia se referia...
El Baron contaba...

ADEL. Pues.
(Oh! si el Baron confesase...)
Que la repita otra vez.

BARON. (Pero, querida Adelaida,

eso se llama poner
á un hombre de honor en medio
de la espada y la pared.)

ADEL. (El hombre honrado no miente.)

BARON. (Eso es mucho pretender.)

LEON. Amigo Baron, ya espero.

BARON. En tal caso empezaré.

MÚSICA.

BARON. Visitaba yo la casa
de mi amigo D. Leon,
y su esposa me quería...

LEON. (Interrumpiendo.) ¿Eh?

BARON. Como nos manda Dios.

TODOS. Hasta aquí,
va muy bien,
no mentir,
siga usted.
No callar,
no fingir;
la verdad
va á decir.
Así pues,
no mentir.
¡Siga usted!

BARON. Una jóven costurera
en su casa conocí,
y con sola una mirada
á mis plantas la rendí.
Al rayar la aurora un dia
yo salté por el balcon,
y esto dió que sospechar
á mi amigo D. Leon.
Era vana tal porfía
si por otra entraba yo,
y su esposa me quería...

LEON. Eh?

BARON. Como nos manda Dios.

AD. ISA. CÁN. Desde aquí
no va bien,
sin mentir
siga usted.
No fingir,
no callar;
á decir
la verdad.
Así pues
sin mentir,
¡siga usted!

BARON. (Hasta aquí
va muy bien,
sin mentir
no ha de ser.
A fingir
sin callar,
no decir
la verdad.
Así pues
sin mentir
no ha de ser.)

LEON. Hasta aquí
va muy bien,
sin mentir
siga usted.
No fingir,
no callar,
á decir
la verdad.
Así pues
sin mentir
siga usted.

Pero un detalle
se calla usted,
que yo á mi esposa
cartas hallé!

BARON. Pero sin firma.
LEON. Muy cierto es.
Mas si yo llego un dia
la letra á conocer,
un tiro, una estocada
han de vengarme de él.
ADEL. Y el fin de la historia
¿se puede saber?
BARON. Que la costurera
despedida fué.
ADEL. ¿Y usted la conoce?
BARON. Si la llego á ver
ni aún ya su semblante
recordar podré.
ADEL. De manera que si un dia
ella á usted se presentara
con su virtud por escudo
diciéndole cara á cara:
—Baron, de su conducta
venganza pido aquí,
usted me ha deshonrado,
y el que procede así,
es sólo un miserable,
infame, y torpe, y vil.
(Le arroja el guante á la cara.)
TODOS. ¿Pero á qué viene
ese furor?
ADEL. Señores mios,
perdon, perdon,
en el teatro
juzgaba estar
y una comedia
representar.
Era muy buena
la situacion,
y de esta escena
pido perdon.
TODOS. En el teatro

juzgaba estár
y una comedia
representar.
Era muy buena
la situacion,
y de esta escena
pide perdon.

(Acabado el canto, todos excepto Cándido se quedan profundamente abismados.)

HABLADO.

CÁNDIDO. Tan solo he sacado en limpio,
por lo que acabo de oir,
que los celos de este hombre
no tienen ni tendrán fin.
Es verdad? (A Adelaida.)

ADEL. ¡Ah!

CÁNDIDO. (No comprendo ...
porque se ha quedado así.)
¿Qué tiene Adelaida? (A Isabel.)

ISABEL. ¡Oh!

CÁNDIDO. Enterado, serafin.
Me divierto. Vamos? (Al Baron.)

BARON. ¿Eh?

CÁNDIDO. Cómo! tambien te da á tí? (Cogiéndole del brazo.)
Al baile... (Saludando.) D. Leon.

LEON. ¡Uf! (Marchándose por el fondo.)

CÁNDIDO. No hay de qué! (¡Qué puerco espin!)
Memorias á la señora
y no dé usted que decir.

ESCENA VIII.

ADELAIDA. ISABEL.

ADEL. Se han marchado. No me queda
duda ninguna. Ese vil,
ese baron fué la causa
de mi infortunio y de mi...
Por él sufro desde entonces,

y soy la más infeliz!
Por su calumnia el cariño
de mi familia perdí;
y yo ignoraba la causa;
mas si llego á descubrir
que la letra de esas cartas
es la suya, podré al fin
levantar sin mancha alguna,
orgullosa la cerviz.

ISABEL. ¿Dice usted que fué el Baron?
¿Y no habrá un medio?

ADEL. Sí, sí,
busquemos.

ISABEL. Yo tengo uno.

ADEL. ¿Cuál?

ISABEL. No lo quiero decir.

ADEL. Pero, Isabel...

ISABEL. Adelaida,
ahora me toca á mí.
Yo quiero ver al Baron.
Si le puedo decidir...
El dice que me ama...

ADEL. Tente...

ISABEL. Espéreme usted aquí.

ESCENA IX.

ADELAIDA.

¿Qué irá á hacer? ¡Oh! sentiria
que una imprudencia... Pedir
reparacion á ese hombre
sin honor, sin alma, sin...
Él, por temor al marido,
nunca querrá descubrir...
Y esta acusacion que pesa
tantos años sobre mí
fué motivada tan sólo
por una disculpa vil.

MÚSICA.

ROMANZA.

Era ayer la vida mia,
en su halago,
como el lago
que tranquilo siempre está.
Hoy la ardiente fantasía,
sus pesares
á los mares
borrascosos fué á imitar.

Si el viento me ha traido
el eco del amor,
yo sólo aquí he sentido
llorar mi corazon.

HABLADO.

ADEL. Tarda Isabel. Yo no debo
dejarla con el malsin
del Baron. Voy en su busca.
¡Autor! (Saludando á Aníbal que entra.)

ANÍBAL. Saludo á la actriz
más hermosa y más querida
del público de Madrid.

ESCENA X.

ANÍBAL.

Cosas se ven en la córte
que no se ven en Pequin.
Mi zarzuela está en ensayo,
nada hay de nuevo hasta aquí
sino que de esa zarzuela
depende mi porvenir.
Habia ensayo esta noche
de partes, y coros, y...
mas una parte no asiste...

y esa parte es esta actriz,
y estando esta parte enferma
no hubo ensayo en el atril;
entonces tomé un partido
y al Eliseo me partí.
Ahora me encuentro á esa parte
que se viene á divertir,
porque estas en cualquier parte
se hallarán menos allí.

ESCENA XI.

ANÍBAL. TERESA. ANTONIO.

TERESA. Estoy sofocada
de tanto bailar...
¡Jesús! ¡qué calor!

ANTONIO. Siéntate.

TERESA. ¿Te vas?

ANTONIO. Sí, he visto á Isabel
con un hombre hablar...
¿Será el Baroncito?

TERESA. El Baron será.

ANTONIO. Los celos me arrastran;
te vendré á buscar. (Vase.)

ANÍBAL. (Allí hay una niña,
parece tal cual,
se ha quedado sola,
me voy á acercar.) (Tose.)
Ejem.

TERESA. (Se aproxima
un jóven...)

ANÍBAL. (¿Será
bonita? No veo
ni alcanzo su faz...
me agrada su aire
á la luz del gas...)

TERESA. (Conquista tenemos.)

ANÍBAL. (La voy á pasmar.)

(Sentándose al lado de ella y asomando una mano para que ella vea el guante.)

TERESA. (¡Gasta guante blanco!)
¿Será un general
que vendrá de Roma
cesante á bailar?

ANÍBAL. (Al ver mi elegancia
sin duda creerá
que me da turron
la Union Liberal!)
Hermosa pareja
de polka y de vals,
me gusta V. mucho...

TERESA. Esa voz... (Reconociendo á Aníbal.)
¡San Blas!

ANÍBAL. ¡Qué veo!.. ¡Teresa!

TERESA. Yo soy esa tal,
que ahora tu constancia
conociendo va.
Creyéndome otra
quisiste envidar!..
¡Mal hayga quien fia
en amores ya!
«Me gusta V. mucho!»
—Calla, sacristan,
¿que yo te gustaba?
¡qué inhumanidad!
vamos, no hay justicia
en la capital.
¿Por quién me tomabas
rendido galan,
que te ibas al bulto
osado y audaz,
aquí, en este sitio,
sin ver ni pensar
que pudiera verte
un municipal?

«Me gusta V. mucho.»
Mala bomba ¡zás!
apague el incendio
de tu amor voraz,
y llene de manchas
ese levisac,
que por económico
viene ras con ras.
¡Chist! no me repliques.
¿Desde cuando acá
tienes de mujer
tú necesidad?
Pues ¿dime, arrastrao,
soy yo algun costal
que si otra te sale
me dejas atrás?

ANÍBAL. ¿Acabas?

TERESA. Acabo,
y hurrio, perillan,
ó de un gofeton
vas al hespital.

ANÍBAL. Merezco tu enojo,
y merezco más,
que me insultes tú
por torpe y gayan,
y porque te quiero,
como un animal.
Y si tú te quejas
¿no me he de quejar
de verte con otro
de allá para acá?
y eso que no cuento
lo que ayudarán
á dar ese paso
de infidelidad
la orquesta, el confuso
estruendo del vals,
y el correr unidos

con intimidad,
el fuego y la estopa
al mismo compas.
¿Quién era ese jóven?
dí sin vacilar.

TERESA. Era mi vecino;
con que, vamos, ¿qué hay?
Su novia es mi amiga,
se iban á casar,
pero ella...

ANÍBAL. Comprendo.

TERESA. Se distrajo y ¡paf!
se escamó el amante
como es natural.

ANÍBAL. Justo: eso debemos
de ellas esperar...
¿Con que él no te hablaba
de amor?

TERESA. ¿A mí? ¡Bá!

ANÍBAL. ¿Cómo?

TERESA. ¡Aunque parece!
soy yo muy sagaz,
y el que me la pegue
muy listo ha de andar.

ANÍBAL. Yo no te la pego,
lo juró por la...
Nadie como tú
hace palpitar
este picarillo: (Señalando al corazon.)
escucha... tic... tac...

TERESA. Vamos, estas cosas...
y yo que soy tan...
¡Eh! quietas las manos,
que el amor es gas,
que en cuanto se enciende
y hace ¡pif! ¡se va!

ANÍBAL. Encendido estoy
de tanto esperar...

por ese volúmen
siento yo un afán,
y un temblor, ¿entiendes?

TERESA. ¿Eso es de verdad?

ANÍBAL. ¿Qué no haré por tí?
Te haré progresar.
Saldrás al teatro
muy pronto.

TERESA. Si ya
me han dado un papel.

ANÍBAL. ¿Cuándo?

TERESA. Hoy mismo.

ANÍBAL. ¿Hay tal?

TERESA. Me llamó la empresa
y me hizo probar
un traje muy cuco
de talco y percal.
Me miró vestida
y dijo: ¡jajajá!
¡Es muy bien formada,
y debe gustar!!
Yo creo que es un paje
mi papel.

ANÍBAL. Verdad,
y es en mi Zarzuela.

TERESA. *¿Las hijas de Adan?*

ANÍBAL. Justo, ese es su título.

TERESA. Hablaban tan mal
de ella en el teatro...

ANÍBAL. Por enfermedad...
de una racionista
se pensó en buscar...
y como yo hablaba
de tu... habilidad...
y de tu figura...
te buscaron...

TERESA. Ya...

ANÍBAL. Pero no te olvides,

tienes que cantar
en el primer acto
una soledá.

TERESA. ¿Yo?

ANÍBAL. Si; porque el paje
de ronda se va,
y en medio la calle
se pone á cantar.

MÚSICA.

ANÍBAL. «Suspiros que de mí salen
y otros que de tí vendrán,
si en el camino se encuentran
¡qué de cosas se dirán!»

ESCENA XII.

DICHOS. ISABEL.

ISABEL. ¿Has visto al Baron,
Teresa?

TERESA. No tal.
(Cómo ya le busca!) (Ap. á Aníbal.)

ANÍBAL. Es muy natural. (Id.)
Dejémosla sola.
¡El brazo! ¡Ajá já. (Se van cantando.)

ESCENA XIII.

ISABEL. ANTONIO.

ISABEL. Aunque este paso me pesa,
y pueda comprometerme,
de algun medio he de valerme.

ANTONIO. (No la he encontrado...) ¡Teresa!

ISABEL. ¡Antonio! ¡Tú aquí!

ANTONIO. Yo, que á divertirme vengo
como tú... y como tú tengo
sólo olvido para tí.
Si creiste que tu amor

iba á dar conmigo en tierra,
te engañaste, no me aterra
de tu inconstancia el rigor.
Sé que favores recibes
de otro que te adora menos;
tal pago se da á los buenos;
así divertida vives;
Era mi amor tan profundo,
antes de verte humillada,
que yo no quería nada,
nada sin tí en este mundo.
Y robándome la calma
llevaba con ánsia loca
tu nombre siempre en mi boca,
tu imágen dentro del alma:
pero aquel tiempo pásó,
¡por vida de Belcebú!
y ahora, ya ves, como tú
vengo á divertirme yo.

ISABEL. ¡Cuál te engaña el corazon
si en mí creiste mudanza!
Mas perdí tu confianza
y esta fué mi perdicion.
A otro hombre no puedo amar,
y si enojada contigo
busqué en otra casa abrigo,
tú me puedes perdonar.

ANTONIO. ¿Perdonarte? ¡Ya se vé!
Lo mereces, con su influjo...
¡Lo está pidiendo ese lujo
que nunca hasta ahora noté!...
¿Cómo este pobre artesano
contigo igualarse osara?
Los que un abismo separa,
no pueden darse la mano.
¡Oh! sin duda á Dios no agrada
que viva en calma dudosa
con la pobreza orgullosa

la deshonra engalanada.

ISABEL. Basta: pura está mi frente,
y ya que tu enojo llevo,
ni amor ni atencion te debo.
De toda mancha inocente,
nada tengo que rogar,
ni has de verme ya humillada,
ni hay en mi conducta nada
que me pueda avergonzar.
Confieso que me cegó
la injusticia de tu queja,
y hoy el honor me aconseja
lo que tu cariño no.

ANTONIO. ¡Isabel!

ISABEL. Tú de liviana
sin motivo me acusaste,
¿no sabes que me injuriaste?
pregúntaselo á tu hermana.

ANTONIO. ¿Mi hermana?

ISABEL. Sí, ella tambien
es víctima de una intriga.

ANTONIO. No más tu labio me diga...
todo lo comprendo bien.

ISABEL. Por ella amparada fuí,
y del riesgo me ha salvado.

ANTONIO. ¡Oh! Mi hermana te ha engañado
como á todos, como á mí.
Bien os entendeis las dos.

ISABEL. No, yo te puedo jurar...

ANTONIO. Nada tenemos que hablar...
¡Adios para siempre, adios!

ESCENA XIV.

DICHOS. EL BARON Y CÁNDIDO.

BARON. Cándido, echemos las cuentas
de tal modo, que las dos,
por nuestro amor hostigadas,

se rindan á nuestro amor.

ISABEL. El Baron.

ANTONIO. (Yo he de saber
de esta intriga la ocasion;
desde aquí puedo escuchar.
(Ocúltase á la izquierda.)

ISABEL. (Pobre Adelaida... Si yo
logro aclarar su inocencia...)

BARON. Aquí está Isabel.

CÁNDIDO. Mejor!
y Adelaida?

ISABEL. ¡Vendrá luego.

BARON. Porque sea la funcion
completa, á disponer vamos
una cena *come il faut*.

CÁNDIDO. ¿Una cena? ¡qué placer!
¿Con ellas? ¡Qué diversion!

(El Baron coge una lista que estará sobre una mesa y apunta con un lápiz.)

ANTONIO. (¡Los cuatro están convenidos;
¿A qué aguardo más, oh Dios!)

BARON. Perdices.... Merluza frita...
y tomate con jamon...
para los postres *Champagne*.

CÁNDIDO. Y si hubiera un buen arroz...

BARON. ¡Qué arroz ni que calabazas!

ISABEL. Una palabra, Baron.

BARON. Al punto.—Toma la lista (A Cándido.)
llama á un mozo, y más veloz
que el viento dí que prepare
lo que el lápiz anotó!

(El Baron á Isabel se retiran hácia la izquierda hablando bajo. Cándido llama al mozo.)

CÁNDIDO. Nos vamos á divertir
mucho: ¡Mozo!

LEON. ¡Mozo! (Saliendo.)

MOZO. Voy.
¿Llama usted? (A Cándido.)

CÁNDIDO. Toma esa lista

y sirve sin dilacion
lo que yo te pido en ella.

MOZO. Está bien.

ESCENA XV.

DICHOS. D. LEON.

LEON. ¡Mozo!

MOZO. ¡Señor!

LEON. ¿Qué hay de cenar?

MOZO. Aquí está
una lista.

LEON. A ver...
jamon... (Leyendo.)
(Esta letra... sí, es la misma,
la de las cartas que yo
á mi mujer sorprendí!)
¿De quién es?

MOZO. De ese señor (Señala á Cándido.)
que está ahí. Me lo dió escrito.

LEON. ¿Ese quidam? San Ramon,
¡voy á romperle la crisma!

MOZO. Venga. (Queriendo coger la lista.)

LEON. ¡Vaya usted con Dios! (Bruscamente.)
(Vase el mozo.)

ANTONIO. No oigo bien lo que se dicen.

LEON. ¡Caballero! (A Cándido.)

CÁNDIDO. Don Leon.

LEON. Míreme usted á la cara.

CÁNDIDO. Ya le miro á usted.

LEON. Yo soy.

CÁNDIDO. ¿Y á mí qué?

LEON. Usted ha dado
esta lista...

CÁNDIDO. Sí señor,
la cena que le he pedido
al mozo.

LEON. Ya pareció.

aquello. Me entiende usted?

CÁNDIDO. Explíquese usté mejor.

LEON. ¿Si yo lo le hiciera á usted añicos,
seria una explicacion?

CÁNDIDO. Seria una atrocidad.

LEON. Pues yo quiero ser atroz.

CÁNDIDO. ¿Conmigo, por qué?

LEON. ¿Por qué?
Porque hace usted el amor
á la mujer que yo quiero
con todo mi corazon.

CÁNDIDO. (¿Tambien este ama á Adelaida?)

LEON. ¿Qué me responde usted?

CÁNDIDO. ¿Yo?
¿Qué mal hay en que la quiera?

LEON. Un mal que vale por dos;
porque esa mujer es mia.

CÁNDIDO. (¿Un hombre casado? ¡horror!)
Vea usted lo que son las cosas.
Yo ignoraba... y me gustó.
¡Ah! la he visto tan sublime
representando el amor!

LEON. ¿De veras?

CÁNDIDO. ¡Qué bien estaba!

LEON. (Lo mato sin compasion.)
¿Usted la habrá visto?

CÁNDIDO. Claro,
más de una vez, y de dos.
¡Don Leon, ¡ay! qué mujer,
¡Ay, qué mujer, don Leon!
Ninguna brilla como ella
en las tablas!

LEON. En las... ¡Oh!

CÁNDIDO. ¡Tiene un pico de oro!

LEON. ¿Sí?
Pues ya me he picado yo,
y le hago á usted picadillo,
pues siento una picazon...

voy á sacar las pistolas
que tengo en el paletó. (Entra en el café.)

CÁNDIDO. Un lance? Y este energúmeno
es muy capaz de pim, pom!
¿Dónde me escondo?... Este árbol,
me subo en él, y...
(Se sube al árbol que está en el centro de la escena.)

LEON. ¡Traidor! (Saliendo.)
Yo te diré... ¿dónde está?
Tal vez por aquí.

CÁNDIDO. ¡Ah Neron! (En el árbol.)
corre, corre. ¡Qué Madrid!
¡Me divierto como hay Diòs!

ESCENA XVI.

ISABEL. ANTONIO. EL BARON. CÁNDIDO, en el árbol. D. LEON. ADELAIDA.
CORO GENERAL.

MÚSICA.

CORO. El baile cesó,
corramos á ver
el árbol de fuego
que van á encender.

CÁNDIDO. ¿Qué dice esta gente?
¿qué el árbol va á arder?
¿Creerán que yo estoy
puesto á la sarten?
Me bajo... ¡mas cielos (Viendo á D. Leon.)
el mónstruo es aquel!

HABLADO.

ADEL. Al cabo te encuentro. (A Isabel.)
Vámonos.

ISABEL. Sí á fé.

BARON. Con que quedamos...
(Recitado con orquesta.)

ISABEL. Mañana.

mientras esté en la funcion
Adelaida, yo le espero
á usted en casa.

ANTONIO. (¡Gran Dios!)

ISABEL. Antes vaya usté al teatro
que ella le vea.

BARON. Mejor.

ISABEL. Pues no quiero que sospeche
de esta cita la ocasion.
(Si así lo averiguo todo,
salvo á Adelaida el honor.)
¡Ah don Leon! Si usted quiere
(Aparte á don Leon.)
ver cara á cara al ladron
de su honra, mañana mismo
podré mostrárselo yo
á las nueve de la noche.

LEON. ¿Y dónde?

ISABEL. En mi casa.

LEON. ¡Oh!

ISABEL. ¿Vamos, Adelaida?

ADEL. Vamos.

(Van á salir y los detiene Antonio.)

ANTONIO. Un momento

ADEL. / ISABEL. ¡Antonio!

ANTONIO. ¡Yo!

CANTADO

Si ayer el alma mia
por tí de amor ardia,
y dicha ni reposo
sin tí no puedo hallar,
hoy ya desengañada
en tí no vé su amada,
y te odio, y te aborrezco,
infame y desleal.

CORO. ¿Con qué derecho viene

usted á provocar...

ANTONIO. Derechos de un amante
que viene á reclamar
promesas que há un instante
oyó aquí pronunciar.

ANTONIO. Un dia mi ventura
en ella se cifró:
¿porqué despues la pérfida
sin causa me dejó?
Mi dicha fué un relámpago,
¡ay, muere corazon!

ISABEL. Sú amor fué la ventura
del alma que le amó
y cúlpame de pérfida
sin causa ni razon....
del pecho en lo mas íntimo
me hiere su rigor.

ADEL. Su amor fué tu ventura
mas él te calumnió;
¿por qué te llama pérfida
quien no te comprendió
y su desprecio ¡ay mísera!
te mata el corazon?

LEON Y BAR. No hay dicha tu ventura,
si estriba en el amor
que la mujer es pérfida
y siempre nos mintió:
suframos, pues, á intérvalos
la dicha y el dolor.

CÁNDIDO. A un árbol me he subido
en alas del temor,
que puede ese cuadrúpedo
matarme sin razon:
como me llamo Cándido
que me divierto yo.

CORO GEN. No hay dicha ni ventura
si estriba en el amor,

que la mujer es pérfida
y siempre nos mintió :
suframos, pues, á intérvalos
la dicha y el dolor.

(Un mozo prende fuego al árbol donde se ha subido Cándido.)

CANDIDO. Eh? eh? que me abraso,
dejadme bajar.

LEON. Al cabo lo encuentro,
venga usted acá.

CÁNDIDO. Yo siempre he tenido
ley á la moral.
La que usted adora
es esta : aquí está. (Por Adelaida.)

TODOS. Qué dice?

LEON. Este hombre
miente sin piedad.

TODOS. Qué confusion
tan singular.
Todo es fingir,
todo es mentir,
todo es gritar,
todo es reñir,
¿quién este embrollo
podrá aclarar?

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

El teatro representa el espacio comprendido entre la pared y los bastidores. La escena se figura en el fondo, de frente se ve al revés la decoracion cerrada con una puerta y una ventana. Por el último bastidor, cerca del telon del fondo, se ve la escena. A la izquierda en primer término una mesa con un tocador; en segundo término un harpa.

ESCENA PRIMERA.

CORO. EL AUTOR. EL BARON. UN ACTOR. EL TRASPUNTE.

Al alzarse el telon se oye el siguiente coro, acabado el cual salen los coristas por los bastidores y puertas del foro, y entran en escena.

CORO DENTRO.

La régia fiesta
comienza ya,
y nos espera
su majestad.
Entrad, entrad,
que nos espera
su majestad.

AUTOR. ¡Chís!...No haga usted ruido
y á su puesto. Estos coristas
cuando salen de la escena
arman una algarabía...

BARON. ¿En qué están?

AUTOR. Señor Baron,
buenas noches.

BAILARIN. ¿Mi salida
está cerca?

TRASP. Avisaré
á su tiempo.

BAILARIN. Bien, avisa.
(Que estará haciendo batimanes apoyado en un bastidor.)
Yo ensayo.

AUTOR. El acto primero (Al Baron.)
no ha acabado todavía.

BARON. ¿El coro ha salido bien?

AUTOR. Están muchos con anginas,
pero en conjunto...

BARON. He oido
afirmar de los coristas
que son como los espárragos,
aunque el gusto nos cautivan,
sólo se usan en manojos.
¿Y Adelaida? Me precisa
verla...

AUTOR. En escena no está. (Vase.)

BARON. ¡Las ocho y media! la cita
que me dió Isabel se acerca. (Mirando el reló.)

TRASP. ¡Que va usté á salir! (Al actor.)

BARON. Mi vida
desde hoy emprende otro rumbo...
Tantos ingleses me atisban,
que á no ser por mi paisano...
Pero Isabel será mia
y mañana...
(Pasa junto al bailarin que al hacer un batiman lo alcanza con la punta del pié.)
¿Mas qué es esto?

BAIL. Dispense usté : el arte...

BARON. (Atiza.)

TRASP. Fuera... (Empujando al actor.)

ACTOR. ¿Qué digo?

TRASP. ¡Qué veo!
aquí la princesa. ¡Oh dicha!
(El actor entra en escena por la puerta del fondo, repitiendo lo que ha dicho el traspunte. Se oye fuera un murmullo.)

ESCENA II.

DICHOS. ANÍBAL.

ANÍBAL. Traspunte de los demonios,
se retrasó esa salida.
TRASP. Pues yo no tengo la culpa.
ANÍBAL. ¡Qué de emociones!
BARON. ¡Aníbal!
ANÍBAL. ¡Hola! Baron de mi alma.
BARON. ¿Con que está usted en capilla?
ANÍBAL. Ay, amigo mio, el arte
es una fiebre maligna...
Vamos... no tengo sosiego,
ni me llega la camisa
al cuerpo.
BARON. ¿Y qué tal el público?
ANÍBAL. Más severo cada dia...
Y allí está, más sério y más...
Y en cuanto uno se descuida,
¡huunm! el murmullo, el chicheo...
y despues una risita...
Yo tenia confianza
en mi obra; la tenia.
Era la primera, y vamos,
me pareció arregladita...
¡Tantas peores se aplauden!..
¿no es verdad? Como decia...
Yo estaba tan animoso,
y ahora siento unas fatigas... (Escuchando hácia el fondo.)
¿Qué es eso? ¿un aplauso? No.
No aplauden... ¡Oh! ¡qué agonía!
BARON. Valor, amigo, quien sabe:..
ANÍBAL. Toda mi esperanza estriba

en Adelaida... Si canta
con la fuerza y con la misma
expresion que en los ensayos...

BARON. ¿Dónde está Adelaida? ¿Arriba,
en su cuarto?

ANÍBAL. No, la he visto
en el otro lado.

BARON. ¡Oh dicha!
voy á que me vea, y luego... (Vase.)

ESCENA III.

DICHOS menos EL BARON. AUTOR.

AUTOR. ¡Por San Pablo y Santa Rita!

ANÍBAL. ¿Qué ocurre?

AUTOR. Se ha puesto malo...

ANÍBAL. ¿Un actor? (Interrumpiéndole.)

AUTOR. Un racionista.
El que hacia de oficial,
y tenia una salida
en el segundo acto.

ANÍBAL. ¡Cielos!
¿Y nó hay otro?

AUTOR. ¿Quién lo haria?
¡Ah! el traspunte: mire usted, (Al traspunte.)
póngase usted la levita
de oficial...

TRASP. ¿Yó?

AUTOR. ¿Quién mejor?

TRASP. Con la condicion precisa
de que se me pague el bolo.

ANÍBAL. ¿El bolo?

AUTOR. Costumbre antigua.
Es el sueldo extraordinario
que se paga al racionista,
que no está ajustado.

ANÍBAL. Entiendo.
Es el jornal...

TRASP. Ya termina
el acto primero. ¡Baile,
fuera! Yo me voy arriba. (El bailarin entra en la escena.)
Ahí tiene usted la comedia. (Vase.)

AUTOR. Y vístase usted aprisa.

ANÍBAL. ¡Cielo, cuánto contratiempo.!

AUTOR. ¡A ver... el bombo!

ANÍBAL. ¿Quién cuida
del cañonazo?

AUTOR. Yo mismo
lo daré.

ANÍBAL. Ya se aproxima
el momento que el navío
empujado por la brisa
se marcha dejando en tierra
al capitan de marina...

AUTOR. Déjeme usted atender...

ACTOR. Allí el buque se divisa .. (Asomándose á la ventana.)
(El autor imita con el bombo un cañonazo.)
Se dá á la vela y me deja.
¡Abríos, olas temidas!...
Yo lo alcanzaré nadando. (Se arroja por la ventana.)
(Se oye aplaudir fuera.)

ANÍBAL. ¡Esto me vuelve la vida!

ACTOR. ¡Esa ventana es muy alta!
y si me rompo la crisma
cuando me echo al mar...

ANÍBAL. Muy bien. (Abrazando al actor.)
Gusta, ¿eh?

ACTOR. Sí.

ANÍBAL. ¡Qué alegría!

AUTOR. Ya está en escena Adelaida.

ANÍBAL. ¿Aplauden?

AUTOR. Ahora principia
la cancion de la gitana.

ANÍBAL. Abra usted, que quiero oirla.

CANTANDO.

ADEL. Del bosque y la espesura
yo soy la Reina,
y amor siembro y ventura
por donde quiera.
¡Suene el pandero,
viva la gitanilla,
¡Ole, salero!

CORO.

¡Suene el pandero
viva la gitanilla,
ole, salero!

(Al concluir esta cancion se oye aplaudir fuera. Adelaida y el coro entran en escena.)

ANÍBAL. ¡Cómo aplauden! ¡Oh! señora.
¡Oh! ¡Ha estado usted divina!

AUTOR. Siguen aplaudiendo, siguen
llamándola á usted... arriba
ese telon... salga usted
á dar las gracias... (Se asoma Adelaida al bastidor.)

ANÍBAL. Cautiva
al público esa mujer.
¡Brava, brava, me electriza!

ADEL. Acabó el acto primero.
La zarzuela es aplaudida.
¿Está usted contento?

ANÍBAL. Sí,
contentísimo,... que siga
así y tendrémos un éxito.
Es usté una gran artista,
y si, como en el ensayo,
canta usted la cavatina
del segundo acto, afirmo
que mi zarzuela se afirma,
y que no la iguala á usted
la misma Santa María.

AUTOR. Arreglad el escenario.

¡Vamos pronto, maquinistas!
Mayorga, el banco de piedra
que está abajo, tráelo arriba
por escotillon. Señores,
fuera de aquí. (Todos se van.)

ESCENA IV.

CÁNDIDO. EL BAILARIN.

BAIL. ¡Tararira! haciendo batimanes.)

(En medio se abre un escotillon por donde sale un banco de piedra. Cándido, que viene encima, cae al suelo así que el banco se para.)

CÁNDIDO. Eh ¿qué es esto? ¿dónde estoy?
¿En el escenario? ¡Pues!
Me ha cumplido su palabra
el tramoyista Gabriel,
á quien por una propina
y una copa sobornè.
Como no dejan á nadie
entre bastidores, es
preciso que uno se ingenie;
y, vamos... yo quiero ver
de cerca á la hermosa tiple,
y quiero, ya que tomé
el rábano por las hojas,
cuando don Leon ayer...
¡Vaya un *quid pro quo!* comprendo
ahora mi estupidez...
¡Figurarme que la amaba
don Leon! ¡Yo la diré!...
¿Dónde estará? ¡Oh Adelaida!
¡Oh amor! ¿y este, quién es? (Reparando en el Bailarin.)
Já, já, ¡qué bonito... calle!...
si yo pudiera tambien...
podria pasar por uno
del cuerpo de baile... á ver...

(Sigue dando vueltas detrás del Bailarin, hasta que tropieza con él y cae.)

¡Cómo me divierto!... ¡Sopla!
¡tengo muy torpes los piés!
¡Ay! para entrar en el cuerpo
de baile, segun se ve,
me estorba el cuerpo.

ESCENA V.

CÁNDIDO. AUTOR. TRASPUNTE.

AUTOR. ¿Está todo
dispuesto?
TRASP. Todo.
AUTOR. Muy bien.
Hará usted el oficial.
TRASP. Ya estoy vestido
AUTOR. Eso es.
Vea usted si está la tiple,
y en seguida llame usted. (Vase el Traspunte.)

ESCENA VI.

AUTOR. CÁNDIDO.

AUTOR. ¡Qué confusion! Estas noches
de estrenos anda un belen...
Como el autor de la música
es nuevo, y no tiene, pues...
un nombre que imponga al público,
todos temen un reves.
El cuerpo de alabarderos
sólo ha aplaudido una vez,
y eso que es tán numeroso...
todo el mundo quiere ser
alabardero, es decir,
abonado sin que... ¡pues!
(Haciendo con la mano un movimiento que indica el dinero.)
CÁNDIDO. (¿Alabarderos ha dicho?
me van á echar si me ven.)
AUTOR. (¿Y este? No caigo...) (Reparando en Cándido.)

CÁNDIDO. Me mira:
si me pudiera esconder...
AUTOR. (Vamos, no le veo bien.)
CÁNDIDO. (Fingiré que soy actor.)
(Acercándose á la mesa y mirándose al espejo.)
(Para que de mí no dude
la cara me pintaré.)
AUTOR. ¿Qué hace usted ahí?
CÁNDIDO. ¿Yo? Nada.
AUTOR. Entonces...
CÁNDIDO. Dispense usted,
he venido... me han llamado,
tengo que hacer un papel.
AUTOR. El del oso.
CÁNDIDO. Justamente,
un animal, eso es.
AUTOR. Basta de bromas. Aquí
no se puede estar.
CÁNDIDO. (¿Qué haré?)
Mire usted, yo vengo, y soy...
(¡Oh, amor! ¿qué le diré?...)

ESCENA VII.

DICHOS. EL BARON.

BARON. Aún no la he visto.
CÁNDIDO. Baron,
ven en mi socorro, ven,
quieren echarme de aquí...
BARON. ¿A un abonado?
AUTOR. ¿Quién? ¿El?
¿El señor es abonado?
BARON. Al palco número diez.
AUTOR. Caballero, yo ignoraba,
pero dispénseme usted. (Se va.)

ESCENA VIII.

CÁNDIDO. BARON.

CÁNDIDO. ¿Qué pronto le has convencido?
BARON. No ves que yo entiendo ya
este tinglado...
CÁNDIDO. ¡Qué cosas
se ven en la córte tan!...
¡Aquí no descansa un hombre
con tanto salir y entrar!
¡Y el teatro! ¡qué mujeres!
Cada una es una deidad.
No he visto nada en Madrid,
Baron, que me agrade más,
y eso que he estado esta tarde
en las Córtes.
BARON. ¿Sí?
CÁNDIDO. Cabal.
Yo he venido á divertirme...
ya lo sabes. Fuí allá.
Se trató del presupuesto,
y yo abrí cada ojo, ¿estás?
como soy contribuyente...
Qué discusion ¡uf! qué hablar.
Levantóse un diputado,
y con entero ademan
probó que lo que se paga
aún es muy poco pagar,
y yo me quedé asombrado
de su generosidad.
Despues se habló de una deuda
que siempre en el aire está.
BARON. La deuda flotante.
CÁNDIDO. Justo,
que no cesa de flotar.
—Señores, decia uno,
España se va á arruinar,

debemos á todo el mundo,
y nadie nos debe ya.
—Sí nos deben, exclamó otro,
Que los moros pagarán.
—Venció ya el segundo plazo.
—¿Y eso qué?—Ya se verá.
—Los marroquíes no pagan.
—Lo creo en Muley Abbas.
—La guerra ha sido gloriosa.
—Nos convenia la paz.
—La oposicion se desboca.
—Que calle el ministerial.
—La campanilla, ¡dilin!
—Las tribunas, ¡bueno va!
—Señor presidente, ¡al órden!
Y en pos de tanto gritar
se votan los presupuestos,
y todos quedan en paz.

ESCENA IX.

DICHOS. TERESA, vestida de paje.

TERESA. Veamos qué tal me sienta
este traje. No está mal.
(Dirigiéndose al espejo.)

CÁNDIDO. Cáspita! que está muy linda
la *debutanta*.

BARON. Es verdad.
¡Teresita!

TERESA. ¿Son ustedes?

CÁNDIDO. ¡Ay que piececitos tan!..

BARON. ¡Qué paje de rechupete!

CÁNDIDO. ¡Huy! ¡qué graciosa!

BARON. ¡Huy qué sal!

TERESA. (Lo que es el teatro.—Vamos;
esto se llama gustar.)

BARON. (¡Don Leon! Yo escurro el bulto.) (Vase.)

ESCENA X.

TERESA. CÁNDIDO. D. LEON.

LEON. (La hora se acerca ya
de ir á casa de Isabel...
Si descubro al perillan.)
CÁNDIDO. (Pues tambien esta me gusta.
Es cosa particular.)
TERESA. (Me mira.) ¿Tengo yo monos
en la cara?
CÁNDIDO. ¡Huy! ¡quizá!
es usted más mona!
LEON. (El otro.)
¿Qué hace usted?
CÁNDIDO. ¿Yo? contemplar
esta figura (Señalando á Teresa.)
LEON. La letra (Saca la lista del café que sirvió en el acto anterior.)
de esta lista.—¡Si será!..
él negó anoche...
CÁNDIDO. ¡Qué traje
tan bien ajustado!
TERESA. ¡Atrás!
LEON. Caballerito, delante
de mí no sea usté inmoral.
CÁNDIDO. Yo soy como Dios me ha hecho.
LEON. Trataré de averiguar...
Hombre qué mujer tan mona.
CÁNDIDO. ¡Seductora!
LEON. Celestial.

MÚSICA.

CÁNDIDO. Ay pajecito,
valgame Dios,
qué pareja tan graciosa
hariamos usté y yo.
LEON. Todas le gustan al mozo.

TERESA. Ay, perdone usted por Dios,
que yo tengo ya mi aquel,
sí señor.

CÁNDIDO. (¡Me partió!)

LEON. (¡Lo paró!)
Caballerito, (A Cándido mostrándole la lista.)
diga, por Dios,
si usté no ama á mi mujer,
¿quién ha escrito aquí jamon?

CÁNDIDO. No comprendo la pregunta.

LEON. ¡Pues es fácil, voto á brios!

TERESA. No me importa que se enzarcen,
no señor.

CÁNDIDO. (Me paró.)

LEON. (Se clavó.)

(A un tiempo.)

TERESA. Todos me quieren,
todos me adoran,
con este traje
debo gustar.
Estoy contenta,
estoy ufana,
porque este paje
va á alborotar.

CÁNDIDO. Como me gusta
esta muchacha,
con ese traje
tan singular.
Desde la planta
hasta el cabello
me gusta el paje
cada vez más.

LEON. Aunque los celos
me vuelven loco,
con ese traje
me olvido ya...
Ay Dios, qué ojillos
tan retrecheros...

Huy, huy qué paje...
(tente, animal).

CÁNDIDO. Pajecito de mi alma.
LEON. Criatura sin igual.
CÁNDIDO. Yo me ofrezco por esclavo.
LEON. Yo me ofrezco mucho más.
TERESA. Si yo tengo ya mi avío,
¿á que viene tanto hablar?
¿¡No saben ustedes
que tengo un galan,
y el alma le doy
y el alma me da?
Yo me muero por su aquel,
es un mozo muy cabal,
y se crian para él
este garbo y esta sal.

CÁNDIDO Y LEON.
Yo me muero por tu aquel.
Eres niña muy cabal,
si yo fuera tu doncel,
me matabas con tu sal.

HABLADO.

LEON. Quiero proteger á usted.
CÁNDIDO. Y yo la quiero ajustar.
LEON. ¡Viva la gracia!
TERESA. Señores,
esta gracia está alquilá.

ESCENA XI.

DICHOS. ANÍBAL.

ANÍBAL. Que vas á salir, Teresa.
TERESA. ¡Qué miedo!
LEON. De un salto, ¡zás!
voy á casa de Isabel
y de otro volveré acá.
CÁNDIDO. ¿Y Adelaida?
ANÍBAL. Va á salir

pronto.

CÁNDIDO. Paciencia y andar.

(Se va hácia la derecha.)

ESCENA XII.

ANÍBAL. TERESA.

TERESA. ¿Estoy bien con este traje? (A Aníbal.)
Es muy cuco.

ANÍBAL. Ya se ve.

TERESA. ¡Mas tengo un cerote! Ay, chico,
me va á dar algo. Hasta ayer
tenia yo unas agallas...
mas parece que una nuez
se me ha metido... y no puedo
tragar la saliva.

ANÍBAL. ¡Pues!
Sólo falta que ahora tú
te equivoques.

TERESA. Puede ser,
si hasta me tiemblan las piernas.
Yo estoy mala.

ANÍBAL. ¡Voto á cien!
Eso no es nada, procura
repasar bien tu papel.

TERESA. ¿Por dónde escomienzo?

ANÍBAL. ¡Sopla!
si encajas una sandez,
ó una palabra mal dicha,
ó alguna frase al revés,
la grita que allí te espera
la oirán en Carabanchel.

TERESA. Pues no salgo.

ANÍBAL. ¿Que no sales?

TERESA. Me voy á mi casa.

ANÍBAL. Tén...
pues el remedio es peor
que la enfermedad.

TERESA. ¿Por qué?
ANÍBAL. Ya no hay remedio, hija mia,
y si te niegas, la ley
nos obligará á cumplir
lo ofrecido en el cartel.
TERESA. Ay, yo tengo calentura,
esto es muy sério.
ANÍBAL. Si á fe.
pero valor. ¿Te imaginas
que yo no sufro tambien?
Antes de alcanzar la gloria
hay que tragar mucha hiel.
TRASP. A la escena, señorita.
TERESA. En el nombre... (Santiguándose.)
TRASP. Fuera!
ANÍBAL. Amen!
TRASP. ¿Y el oficial? ¿No ha venido
el oficialito? ¡Bien!
Se retrasa su salida
y hay murmullos...
ANÍBAL. ¡San Gabriel!
qué es esto traspunte?
TRASP. Falta
una figura.
ANÍBAL. Cuál es?
AUTOR. ¿Falta alguno? (Saliendo.)
TRASP. Sí señor,
el oficial, y por él
nos van á dar un meneo...
AUTOR. ¿Cómo? ¿Pues no lo hace usted?
TRASP. Es verdad. Se me olvidaba.
(Tira la comedia y sale á la escena.)
ANÍBAL. Y que yo dependa de...
Ya ha salido, pero tarde...
Ya da el recado... ¡Luzbel!
Risas y murmullos... Hombre,
hágame usted la merced
de pegarme un tiro.

TRASP. ¡Bravo! (Cogiendo la comedia.)
¡Me han partido!
ANÍBAL. ¡Hado cruel!
Ya se ha descompuesto el público.
TRASP. Cuando yo decia á usted
que el tal oficial seria
causa de un meneo...
ANÍBAL. ¡Bien!
AUTOR. No hay que apurarse. Adelaida
enmendará este revés
cuando salga.
TERESA. Estoy contenta. (Saliendo.)
Me han aplaudido.
ANÍBAL. ¿Sí? ¡A ver!
TERESA. Dí tres pasos en la escena,
y sin turbarme, llegué
diciéndola así á la Reina:
«Dí vuestro recado al Rey,
y no le ha hecho efleuto.» Entonces
gritaron todos: ¡muy bien!
ANÍBAL. ¡Asesino de mi gloria!
TERESA. ¡Toma y se infada! ¿Pues qué,
No se han reido conmigo?
ANÍBAL. Yo tengo la culpa.—¿Quién
me ha metido en protegerte?
TERESA. Y se incomoda, despues...
ANÍBAL. ¡No he de incomodarme, si eres
más bestia!...
TERESA. ¡Ingrato, cruel!
No has de volverme á reñir,
pues de tu cariño dudo:
ahora voy, y me desnudo,
y me marcho, y á vivir.
No quiero ya más escena
que ni es cena, ni comida.
¿Estás? He sido aplaudida,
y ande la marimorena.
¿Yo sufrir tus malos modos

sin causa alguna? No quiero;
que yo soy libre, salero,
y en la calle, caben todos.
Volveré á mis flores, pues;
y con mi rumbo y mi sal,
y un vestido de perçal,
¿quién me tose en Lavapies?
Léjos de este guirigay
quiero tranquila vivir.
Amar á un hombre es sufrir...
¿y que se saca? ¡Velái!
Si me equivoqué esta vez,
ya en cara me lo has echado;
¿y es eso ser bien criado?
¡Jesus! ¡y que ordinariez!
No ha de faltarme un albur,
y si quiero iré en birlocho,
y con esto y un bizcocho,
he dicho, y sobra, y abur. (Vase.)

ANÍBAL. Yo callo, y aunque ella monte
en ira, ni una palabra...
¡Oh! bien dicen que la cabra
tira siempre, siempre al monte. (Vase por el foro.)

ESCENA XIII.

ADELAIDA. CÁNDIDO.

CÁNDIDO. Por aquel lado no está:
pero aquí sale... Señora,
(valor, se acerca la hora
del combate).

ADEL. Usted dirá. (Que habrá salido por la derecha.)

CÁNDIDO. Qué linda está usted. ¡Canastos!
Yo quisiera ser actor,
para hacer á usté el amor
vestido de rey de bastos.
Pero con esta ropilla
de elegante sin aliño,

ofrezco á usted mi cariño
y mi casa en Minglanilla.
(Ya lo encajé.)

ADEL. ¡Pobre hombre!

CÁNDIDO. Yo sé que usted vale mucho.

ADEL. Usted sabe...

CÁNDIDO. ¡Qué escucho!
Yo...

ADEL. Ni aún siquiera mi nombre.
Viene cualquiera á Madrid
con el bolsillo repleto,
y ya sin ningun respeto
entra en amorosa lid.
Ve á una atriz en su camino,
y halagando su esperanza
tras ella con fe se lanza
el incauto campesino.
Sin saber que ella quizás
guarda triste en su memoria
una desdichada historia
que no olvidará jamás.

CÁNDIDO. Mas si yo la quiero bien.

ADEL. Es que usted no quiere mal.

CÁNDIDO. Si la amo de modo tal,
¿quién puede impedirlo, quién?

ADEL. ¡Ella!

CÁNDIDO. Si usted me rechaza...

ADEL. Nunca tal idea cupo
en mi mente.

CÁNDIDO. (Ay! me chupo
la más rica calabaza.)

ADEL. El hombre á quien sin rebozo,
sin ninguna condicion
entregue mi corazon,
debe ser...

CÁNDIDO. Justo, buen mozo.
Pues yo creo que no soy
moco de pavo, señora.

ADEL. Usté es un dige.
CÁNDIDO. (Me adora.)
ADEL. Pero...
CÁNDIDO. Si hay pero, me voy...
Hágame usted la merced
de explicar si lo que oí...
ADEL. Usted vale mucho.
CÁNDIDO. ¿Sí?
ADEL. Mas yo no le quiero á usted.
CÁNDIDO. ¿Es una indirecta?
ADEL. Pues.
CÁNDIDO. No comprendo la querella:
señora, con mala estrella
he puesto en Madrid los piés.
Creí que su corazon
al aceptar mis regalos
no los juzgaba tan malos.
ADEL. Será una equivocacion.
Yo no he recibido nada.
CÁNDIDO. (Y el Baron que me decia...
¡Ah! ¡tunante!)
ADEL. Y tal porfía
por Dios que me desagrada.
Yo desde mi edad primera
he ganado mi sustento;
y con mi pobre talento,
desde humilde costurera,
con trabajo porfiado
he conseguido agradar
al público, y ocupar
en la escena un puesto honrado.
Nada á los demás pedí,
ni nada de balde quiero;
y lo que soy, caballero,
me lo debo sólo á mí.
CÁNDIDO. Y yo juzgué de improviso
en un paraíso entrar...
¡Qué Madrid tan singular!

¿En dónde está el paraíso?

ADEL. Hay quien como usted sin calma
todo por broma lo toma:
y en Madrid hasta la broma
tiene algo que llega al alma.

CÁNDIDO. Lo conozco. Será un mal,
mas confesar es preciso
que aquí no hay más paraíso
que el del Teatro Real.

ESCENA XIV.

ANÍBAL. ADELAIDA. TRASPUNTE, luego ADELAIDA.

ANÍBAL. La reina de la funcion
está aquí.

ADEL. Reina comparsa,
primer papel de una farsa.

CÁNDIDO. ¿En dónde estará el Baron? (Vase.)

ANÍBAL. Nadie canta como usté
en Nápoles ni en Munik,
ni el célebre Tamberlik
nunca tan querido fué.
(A estas reinas de la escena
hay que adularlas así.)

AUTOR. ¡Una carta! (Dándo una carta á Adelaida.)

ADEL. ¿Para mí? (Abriéndola.)
(Es de mi hermano. Me llena
de zozobra, ¿qué será? (Leyendo.)
¡Amenazas! ¡Quiere hablarme!
Que entre aquí mismo á buscarme.) (Vase al autor.)

ANÍBAL. Qué va usted á salir ya.

ADEL. Me olvidaba... (Sale á la escena.)

ANÍBAL. Esta mujer
anda distraida, y temo
que si cae en ese extremo
me pueda comprometer,
Esa carta...

ESCENA XV.

ANÍBAL. ANTONIO.

ANTONIO. ¿No está aquí
Adelaida? Me precisa
verla.
ANÍBAL. No se dé usted prisa.
ANTONIO. ¡Si no viene pronto!
ANÍBAL. Sí,
pronto saldrá. Puede usted
pasearse por ahí, que luego
saldrá de escena y... (reniego.
de estas visitas.)
ANTONIO. ¡Qué haré!
¡Y tenerla que esperar!
Esta es la hora maldita
en que la amorosa cita
de Isabel tendrá lugar.
Yo que olvidarla creia
siento aquí con nuevo ardor,
crecer mi insensato amor
sin reposo noche y dia.
(Se oye fuera un aplauso. Sale Adelaida.)

ESCENA XVI.

DICHOS. ADELAIDA.

ANÍBAL. ¡Oh, sublime, encantadora!
ADEL. ¿Y el que me vino á buscar?
ANÍBAL. Se ha cansado de esperar
y se ha marchado.
ADEL. En buen hora.
ANTONIO. No; aún estoy aquí. Yo vengo
hoy á hablarte de Isabel...
de su honor...
ADEL. ¿De su honor?
ANÍBAL. (¡El!)

(Pues yo la culpa me tengo.)
¡Ah! la escena de la orgía
dentro del castillo. Vamos.
El coro, la arpista. ¿Estamos?
(Coloca Aníbal el coro y el arpa para la escena que sigue.)

ANTONIO. ¿Pero, Isabel...

ADEL. ¿Todavía?
Oh, déjame por piedad,
si quieres que cante.

ANTONIO. No,
no quiero estorbarte yo.
¿Qué te importa á la verdad
que la deshonra ó la pena
maten á Isabel?

ADEL. ¡Oh Dios!

ANÍBAL. (A Adelaida y Antonio.) ¡Vamos! ¡Silencio los dos!
que va á comenzar la escena.

MÚSICA, con acompañamiento de arpa.

ADEL. Soy la diosa del amor,
y mi lánguido mirar
y una copa de licor
son las glorias del mortal.
La primavera
me da sus flores,
los ruiseñores
su voz me dan.
Yo escancio el vino
en las orgías,
y así mis dias
pasando van.
Hombres, mujeres,
reid, cantad,
la copa de los placeres
frenéticos apurad,
reid, cantad.

(Los coristas repiten el estribillo de manera que se oigan bien los siguientes apartes.)

Háblame, Antonio, (A Antonio ap.)
quiero saber...

ANTONIO. Que en esta hora
citado fué
el Baron...

ADEL. ¡Cielos!

ANTONIO. Por Isabel.

ADEL. Si yo pudiera
salir, tal vez...

ANÍBAL. Por Dios, señora. (A Adelaida.)

ADEL. Sí, cantaré. (Volviendo en sí.)

SEGUNDA ESTROFA.

La alegria es un vapor
que me envuelve sin cesar,
yo os ofrezco con mi amor
mi hermosura celestial.
(Coro como antes.)

ADEL. Para salvarla, (Ap, á Antonio.)
dime ¿qué haré?

ANTONIO. Correr á casa.

ADEL. No puede ser.

ANTONIO. ¡Ah! miserable!

ADEL. ¡Calla, cruel!

ANÍBAL. Por Dios, señora, (A Adelaida.)
¿no canta usted?

ADEL. Sí, acabemos,
cantad, bebed. (Fuera de sí.)
(Trata de cantar y no puede.)
(Me ahoga el llanto.)
Reid, gozad,
viva el amor,
(No puedo más.) (Cae desmayada.)

HABLADO.

ANÍBAL. Se ha desmayado,
llevadla ya.
(Antonio y los coristas cogen á Adelaida y se la llevan por la derecha.)

ESCENA XVII.

ANÍBAL. CÁNDIDO.

ANÍBAL. Que echen abajo el telon,
y que anuncien sin perder
tiempo, que se ha puesto mala
la tiple... ¡Dios de Israel!
con otro golpe como este,
como dijo no sé quien
en una zarzuela, ¡á Dios
mis sueños de gloria y de...

MÚSICA—CORO GENERAL.

(El coro rodea á Aníbal y canta con intencion.)
—¿Sabeis lo que pasa?
—Decid, hablad.
—Entre bastidores
Se murmura ya...
La aplaudida tiple,
que tendrá?

ANÍBAL. Ignoro la causa,
pero, vive Dios,
la primera víctima
ha sido el autor.

CORO. Dicen que la prima-donna
anoche de baile fué,
y quizás alguna intriga
de amor la cogió en la red.

ANÍBAL. Bien puede ser.

CORO. Si la tiple desentona,
dice la murmuracion
que la tiple anda torcida...
y por eso resbaló.

ANÍBAL. Dígalo el autor.

CORO. Yo nada critico,
en nada me meto,
si es algun secreto,

¿qué me importa á mí?
Que ella se desmaye,
que cante ó se ria,
la chismografía
tendrá que decir.
Tal vez será un chisme,
pero es la verdad,
que la especie corre,
corre y correrá.
Ello dirá,
pero el chisme corre
de aquí para allá.

ESCENA XVIII.

EL BARON. CÁNDIDO.

HABLADO.

BARON. ¿Con que ella...?
CÁNDIDO. Nada he logrado;
se rie de mí, se mofa...
en lugar de divertirme
me han pegado cada soba...
y lo que es peor, paisano,
ya está vacía mi bolsa.
BARON. No te apures.
CÁNDIDO. Tú...
BARON. Sí, yo...
(No paro hasta Zaragoza.)
CÁNDIDO. Ah! No te he dicho... Adelaida
niega con tan asombrosa
serenidad los regalos
que le he mandado...
BARON. (Esta es otra!)
Con que niega?
CÁNDIDO. Sí.
BARON. Hasta luego. (Hace que se va y vuelve.)
CÁNDIDO. Espérate.

BARON. No seas posma.
CÁNDIDO. No tienes prisa. Me has dicho
que ya ha pasado la hora
de tu cita.
BARON. ¿De mi cita?...
Pero ya, en disculpa propia
de mi falta, he remitido
una carta á Isabel.
CÁNDIDO. ¡Hola!
BARON. Diciéndola que mañana...
CÁNDIDO. Pues vamos á lo que importa.
Chico, he gastado el dinero
que traje á Madrid...
BARON. Perdona.
CÁNDIDO. No, perdona tú, que quiero
para pagar ciertas compras...
BARON. ¿Cómo he de decirte claro
que no tengo media onza?
CÁNDIDO. ¿Si yo no tengo tampoco?
BARON. Por qué lo has gastado?
CÁNDIDO. ¡Toma!
Con lo que te he dado á tí,
y entre regalos y bromas...
pero tú estás empleado,
tienes sueldo...
BARON. No hay tal cosa.
CÁNDIDO. ¿No me dijiste que estabas
en la deuda?
BARON. Sí, y mi boca
no mintió: debo en Madrid
á todo el mundo...
CÁNDIDO. ¡San Opas!
Con que tu sueldo es lo mismo
que tu título... ¡una bola!

ESCENA XIX.

DICHOS, ADELAIDA envuelta en un abrigo elegante. ANTONIO.

ANTONIO. Corramos sin perder tiempo...
ADEL. ¡Vamos allá! ya estoy pronta;
pero el Baron está aquí.
ANTONIO. ¿El amante?
ADEL. Sí.
ANTONIO. Me asombra.
ADEL. ¿Ha visto usted á Isabel?
BARON. He estado la noche toda
en el teatro... Testigos
son los empleados.
CÁNDIDO. ¡Toma!
ADEL. Antonio, pierde cuidado,
que no es Isabel tan boba
que fie de...
ANTONIO. Si yo mismo
oí la cita y la hora...

ESCENA XX.

DICHOS. D. LEON. ISABEL.

LEON. Aquí están todos, me alegro.
ADEL. y ANT. Isabel.
ISABEL. Por fin la honra
de usted consigo que brille
sin las nubes que la entoldan.
ANTONIO. ¿Cómo?
ADEL. ¿Qué dices?
BARON. (Me escurro
no haga el diablo que las cosas...)
LEON. Quieto, Baron.
BARON. (En la trampa
me cogen como una zorra.)
LEON. ¿Usted ha escrito esta carta?
BARON. Creo que sí.

LEON. Basta y sobra.
¿Usted amó á mi mujer?
CÁNDIDO. (Me alegro y vuelve por otra.)
LEON. Ya que todo se ha aclarado,
oigan ustedes ahora.
Yo tenia una mujer,
hay más, que la tengo aún,
y este señor la rondaba:
yo me puse en aptitud
de vigilar... Una noche
escucho cierto run, run,
era el Baron—¿Qué hace usted?
y él me responde «¡Jesus!
vengo á ver la costurera,
á quien yo le hago el mondiú.»
Pero todo era mentira,
porque esta noche un albúr
por Isabel preparado,
me puso en las manos su...
Esta carta que es igual
á las que conservo aún
de su letra... usted comprende (al Baron.)
porque no es un avestruz,
que entre usted y yo no hay más
que dos pistolas y ¡pun!
TODOS. Pero señores...
LEON. Lo dicho,
á perro viejo no hay tus,
quedando esta señorita
como corresponde á su...
BARON. ¿Esta señorita?
LEON. Es ella,
la que hacia canesus
en mi casa cuando usted...
BARON. (Y yo ignoraba... Abedul...)
Eso es muy cierto, señora,
yo proclamo su virtud:
la ofendí sin conocerla.

LEON. Pues, lo que se llama un ¡puf!
ADEL. ¿Hermano, te has convencido?
ANTONIO. ¡Oh! me vuelves la salud.
ADEL. Yo callé, porque ignoraba...
ISABEL. Y si desconfias tú
de mí todavía...
ANTONIO. No:
venid á mis brazos. (Abrazando á las dos.)
CÁNDIDO. !Uf!
Esto es muy tierno,
me voy.
BARON. (Y yo no paro hasta Irun.)
CÁNDIDO. He venido á divertirme
y ahora veo que he hecho el bú.
(El Baron se va deslizando poco á poco hasta que desaparece, sin ser notado por los que están en escena.)
Madrid será muy bonito,
un paraiso, el non plus
de los placeres, el centro
de toda la juventud,
pero cuántas ilusiones
hacen aquí ¡cataplum!
Todos se burlan de mí:
este me llama baul;
aquel me saca el dinero;
el otro me atiza luz: (Haciendo gestos de pegar.)
si persigo á una mujer,
recojo una ingratitud,
á pesar de que yo soy
quien paga en el ambigú.
Madrid será un paraíso,
no lo niego, pero, ¡sus!
yo he perdido la esperanza,
el dinero y la salud:
y me voy á Minglanilla,
con que, señores, abur.
LEON. ¿Y el Baron? Se me ha escapado,
le seguiré hasta el Perú;

lo que es de mí no se rie
sin que le rompa el testuz. (Vase.)

ESCENA XXI.

DICHOS. ANÍBAL. CORO.

ANÍBAL. Vamos al acto tercero.
¿Se ha pasado el patatús? (A Adelaida.)
ADEL. Voy á cantar como nunca.
ANÍBAL. ¡Dios lo quiera, amen Jesus!

MÚSICA.

ADELAIDA. ANÍBAL. ANTONIO. ISABEL y CORO.

La calumnia es un vapor
que amargura solo da;
hoy por fin brilla mi / su honor,
¡la alegría vuelva ya!

FIN DEL ACTO TERCERO.

NOTA. Esta zarzuela está aprobada por la censura de Teatros con fecha del 11 de Diciembre de 1860.

CATALOGO

de la Administracion general de obras dramáticas y líricas.

¡Presente, mi General!
A precio de la vida.
Achaques de la vejez.
¡Españoles, á Marruecos!
El honor y el trabajo.
El padre de familia.
Las aves de paso.
Casado y soltero.
El amor y el almuerzo.
Gracias á Dios que está puesta la mesa.
La cotorra.
Las bodas de Juanita.
Los dos ciegos.
La zarzuela.
La pupila.
Pablito.
Bruschino.
El postillon de la Rioja.
Entre mi mujer y el negro.
La cola del diablo.
Amor y misterio.
Amar sin conocer.
Catalina.
Campanone.
El valle de Andorra.
El hijo de familia, ó el lancero voluntario.
El sargento Federico.
El Juramento.
El Paraiso en Madrid.
Galanteos en Venecia.
Los Madgyares.
Los Circasianos.
Mis dos mujeres.